

LA FRAGUA

en la vida cotidiana

PATRIS MEI
"CREO EN TI
SEÑOR"

7

Tiempo Ordinario

III

Patris Mei

OBJETIVO GENERAL

EL CARÁCTER DE LA ETAPA

La experiencia del fuego, en la simbología de la fragua, alude a la experiencia del amor de Dios, mediada maternalmente por el Corazón de María, y también a la acción del Espíritu que derrama en nosotros el don de la caridad.

El fuego calienta, purifica, ablanda, ilumina. El Fundador se sirve a menudo de este símbolo para hablar del amor y del celo del misionero. Los “hombres de Dios” tienen el rostro resplandeciente por el fuego como Moisés.

Este núcleo expresa la relación de Claret con Dios Padre. Condensa la experiencia del amor de Dios que calienta el hierro frío y lo dispone para recibir la forma. Se trata de estar “en las cosas que miran al servicio de mi Padre” (Lc 2,49).

- 1** La búsqueda de Dios
(*Adviento*)
- 2** El amor de Dios se ha hecho carne
(*Navidad*)
- 3** El Dios del Reino
(*Tiempo Ordinario I*)
- 4** La paternidad de Dios y nuestra filiación
(*Cuaresma*)
- 5** El Dios de la vida
(*Pascua*)
- 6** La palabra de Dios como fuente de vida
(*Tiempo Ordinario II*)
- 7** **Creo en ti, Señor**
(*Tiempo Ordinario III*)
- 8** La oración como encuentro con Dios
(*Tiempo Ordinario IV*)
- 9** La experiencia claretiana de Dios
(*Tiempo Ordinario V*)

Ayudar a las personas, comunidades y organismos a tomar conciencia del momento que vivimos, reavivar la experiencia del Fuego y crecer en ardor misionero siguiendo la metodología de la Fragua.

OBJETIVOS DE LA ETAPA PATRIS MEI

- Pasar de actitudes superficiales a actitudes profundas.
- Crecer en la experiencia del amor de Dios como fundamento de nuestra vida misionera.
- Trabajar la cuestión de las imágenes de Dios que sustentan nuestras conductas y la experiencia del Dios de Jesús como experiencia radical de gracia.
- Desarrollar, teórica y prácticamente, la experiencia de la oración.
- Profundizar en la dimensión claretiana de la experiencia de Dios como Padre.

QUID PRODEST - 2011

PATRIS MEI - 2012

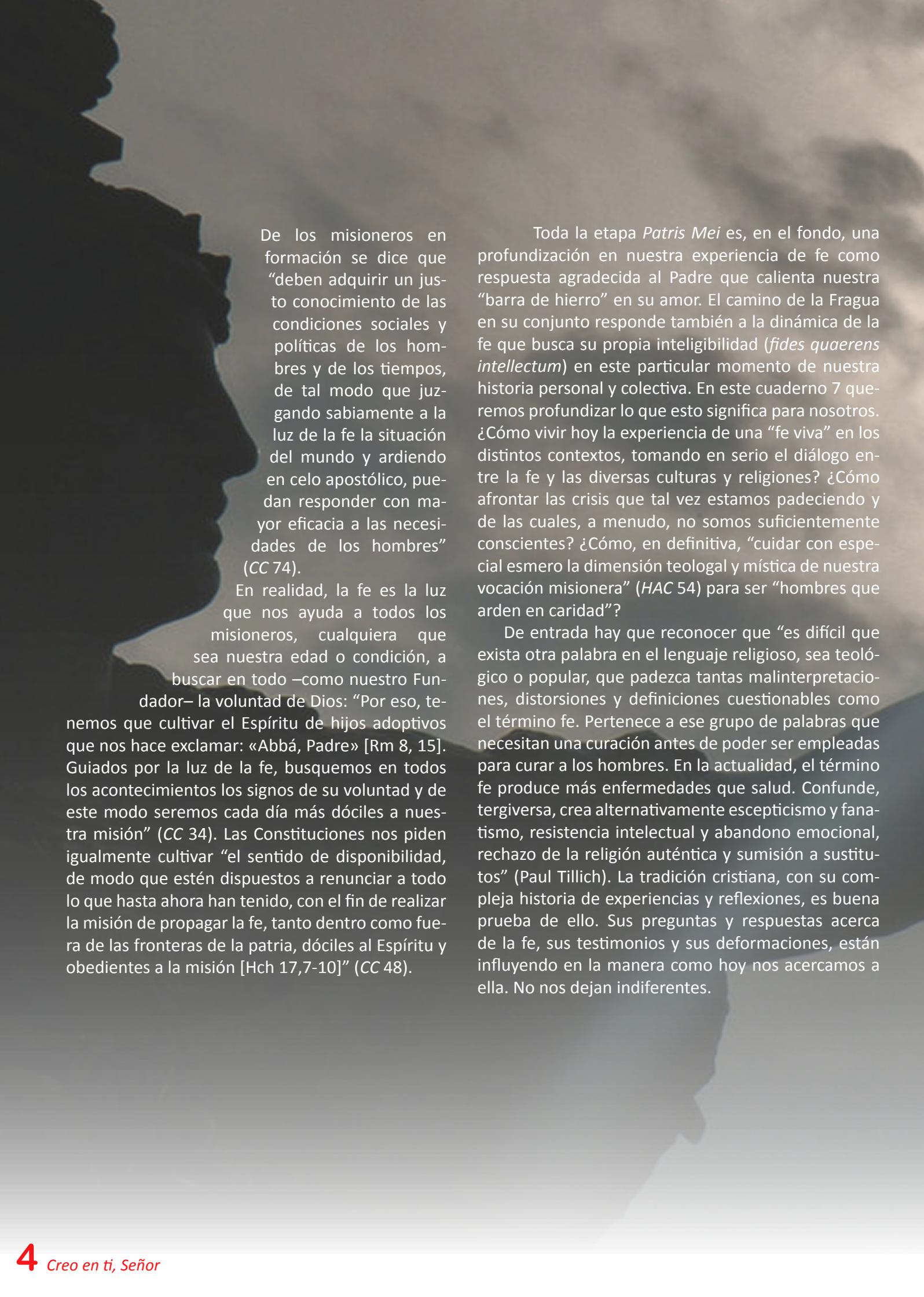
CARITAS CHRISTI - 2013

SPIRITUS DOMINI – 2014

1. Introducción



Muchos claretianos han hecho su profesión en agosto o septiembre, coincidiendo con alguna de las fiestas marianas que se celebran –o celebraban– en estos meses: **la Asunción** (15 de agosto), **el Corazón de María** (22 de agosto), o **la Natividad de María** (8 de septiembre). Quizá también tú. En cualquier caso, más allá de la fecha concreta, en la fórmula de la profesión todos nos comprometimos “a vivir en la comunidad de vida apostólica de esta Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, según sus Constituciones” (CC 159). Es precisamente en las Constituciones donde encontramos una referencia explícita a la virtud de la fe, **como fundamento de nuestra vida misionera**: “Aunque los Misioneros necesiten todas las virtudes, ante todo para poder responder a la propia vocación, deben tener una fe viva. Pues ella fue la que inflamó a los Profetas, Apóstoles y Mártires y la que movió a muchos predicadores de la divina palabra a abrazar con ánimo alegre la pobreza, la abnegación y el sacrificio para dilatar el Reino de Cristo. Por eso, los Novicios deben afianzarse profundamente en la fe, más aun, vivir de la fe (cf. *Rom 1,17*), especialmente cuando experimenten dudas en la fidelidad a su vocación” (CC 62).



De los misioneros en formación se dice que “deben adquirir un justo conocimiento de las condiciones sociales y políticas de los hombres y de los tiempos, de tal modo que juzgando sabiamente a la luz de la fe la situación del mundo y ardiendo en celo apostólico, puedan responder con mayor eficacia a las necesidades de los hombres” (CC 74).

En realidad, la fe es la luz que nos ayuda a todos los misioneros, cualquiera que sea nuestra edad o condición, a buscar en todo –como nuestro Fundador– la voluntad de Dios: “Por eso, tenemos que cultivar el Espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: «Abbá, Padre» [Rm 8, 15]. Guiados por la luz de la fe, busquemos en todos los acontecimientos los signos de su voluntad y de este modo seremos cada día más dóciles a nuestra misión” (CC 34). Las Constituciones nos piden igualmente cultivar “el sentido de disponibilidad, de modo que estén dispuestos a renunciar a todo lo que hasta ahora han tenido, con el fin de realizar la misión de propagar la fe, tanto dentro como fuera de las fronteras de la patria, dóciles al Espíritu y obedientes a la misión [Hch 17,7-10]” (CC 48).

Toda la etapa *Patris Mei* es, en el fondo, una profundización en nuestra experiencia de fe como respuesta agradecida al Padre que calienta nuestra “barra de hierro” en su amor. El camino de la Fragua en su conjunto responde también a la dinámica de la fe que busca su propia inteligibilidad (*fides quaerens intellectum*) en este particular momento de nuestra historia personal y colectiva. En este cuaderno 7 queremos profundizar lo que esto significa para nosotros. ¿Cómo vivir hoy la experiencia de una “fe viva” en los distintos contextos, tomando en serio el diálogo entre la fe y las diversas culturas y religiones? ¿Cómo afrontar las crisis que tal vez estamos padeciendo y de las cuales, a menudo, no somos suficientemente conscientes? ¿Cómo, en definitiva, “cuidar con especial esmero la dimensión teológica y mística de nuestra vocación misionera” (HAC 54) para ser “hombres que arden en caridad”?

De entrada hay que reconocer que “es difícil que exista otra palabra en el lenguaje religioso, sea teológico o popular, que padezca tantas malinterpretaciones, distorsiones y definiciones cuestionables como el término fe. Pertenece a ese grupo de palabras que necesitan una curación antes de poder ser empleadas para curar a los hombres. En la actualidad, el término fe produce más enfermedades que salud. Confunde, tergiversa, crea alternativamente escepticismo y fanatismo, resistencia intelectual y abandono emocional, rechazo de la religión auténtica y sumisión a sustitutos” (Paul Tillich). La tradición cristiana, con su compleja historia de experiencias y reflexiones, es buena prueba de ello. Sus preguntas y respuestas acerca de la fe, sus testimonios y sus deformaciones, están influyendo en la manera como hoy nos acercamos a ella. No nos dejan indiferentes.



¿En qué consiste exactamente esta realidad misteriosa y cercana a un tiempo? ¿Se trata, ante todo, de un acto volitivo de amor (como subraya la tradición agustiniano-franciscana)? ¿O, más bien, de un acto de la razón y del entendimiento (como parece acentuar la tradición tomista)? ¿Es una actitud de confianza en el Tú de Dios (*dimensión subjetiva*)? ¿O es, sobre todo, la aceptación de los contenidos revelados por Él y transmitidos por la iglesia (*dimensión objetiva*)? Dicho en términos más recientes: ¿Se verifica en un pensar correcto (*orto-doxia*) o consiste en un actuar consecuente (*orto-praxis*)? La tentación de tratar dilemáticamente estos imprescindibles contrastes recorre la historia de la iglesia. En las últimas décadas hemos

sido también testigos de fuertes tensiones al respecto. Sin embargo, la mejor tradición nunca ha separado —sencillamente porque resulta imposible— la *fides qua* (adhesión personal) de la *fides quae* (contenidos aceptados), porque ha comprendido bien que “pasar de las creencias (*fides quae*) a la fe (*fides qua*) podría ser un hermoso programa si por ello entendemos que no basta tener creencias, adherirse a verdades, para ser cristianos, sino que además hay que vivificar las propias creencias y unificarlas en un acto que comprometa a todo el ser. Pero si con ello quisiéramos dar a entender que hay que abandonar la primera para encontrar la segunda, reemplazarla por una fe que ya no tuviera objeto, eso sería una añagaza” (Henri De Lubac).



Puede que también tú, en tu itinerario de fe, te hayas visto sacudido por estos contrastes. ¿Cuántas veces has escuchado que lo que importa es amar a las personas necesitadas y no tanto creer en los dogmas de la Iglesia o, por el contrario, que la fe no se puede reducir al compromiso por cambiar la sociedad? Más allá de los debates teológicos y culturales, lo más probable es que en tu vida de creyente hayas experimentado la unidad profunda de ambas dimensiones. Y quizá la experiencia más gozosa provenga del hecho de comprobar que la fe que fundamenta tu vida, lejos de “alienarte” (como han denunciado los “maestros de la sospecha”), te está humanizando en el más pleno sentido de la palabra. En efecto, cuando hacemos de la fe nuestra preocupación última, tal preocupación otorga profundidad, dirección y unidad a todas las demás preocupaciones y, con ellas, a nuestro ser personal en su conjunto. Por eso, nos sentimos profundamente alegres y agradecidos por este don. A lo largo de los próximos dos meses tendrás oportunidad no solo de seguir profundizando en él sino, sobre todo, de dar gracias a Dios por lo que significa para ti. Puedes hacer tuyas las palabras del salmista: “Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad” (Sal 16,6).

La fe es, en definitiva, una alianza, una experiencia de encuentro, que se va realizando en la historia de cada uno de nosotros. Tiene que ver con nuestras ideas, sentimientos, opciones, relaciones, búsquedas, dudas, etc. Se trata, pues, de

una **fe probada** por factores socio-culturales que la estimulan y la amenazan y, sobre todo, por la misma dinámica interna del sujeto que la profesa. Por eso es, una y otra vez, una **fe aceptada**, que junta en una sola experiencia la llamada gratuita de Dios en Cristo por el Espíritu (la fe como *don*) y nuestra libre respuesta personal (la fe como *opción*). Esta comprensión dinámica la convierte, no en una realidad fija que puede ser descrita formalmente, sino en **fe vivida**, en itinerario vital.

Como toda relación personal, la fe es susceptible de crecimiento y de traición, pero sólo en la fidelidad alcanza su plenitud. Creer es, en definitiva, ser fiel.

Vamos a explorar juntos estas dimensiones. Caerás en la cuenta de que tu experiencia personal es inseparable de la comunidad de creyentes a la que perteneces (la iglesia) y del mundo en el que vives.

Comprobarás que, más allá de las explicaciones que puedas obtener, la fe pertenece a la esfera de las realidades misteriosas, no solo problemáticas, y, por eso mismo, incontrolables.

Ejercicio 1: El panorama de la fe

En este primer ejercicio puedes leer algunas frases referidas a la fe. Proviene de personas con experiencias diversas. Reflejan variadas posturas sociales que puedes reconocer en personas de tu mismo entorno. Trata de entrar en ellas. A continuación, escribe de manera muy concisa tus propias reacciones.

1. "El fruto del silencio es la oración. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz" (*Madre Teresa de Calcuta*).
2. "No se vive sin la fe. La fe es el conocimiento del significado de la vida humana. La fe es la fuerza de la vida. Si el hombre vive es porque cree en algo" (*León Tolstoi*).
3. "Hay más fe en una honrada duda, creedme, que en la mitad de las creencias" (*Alfred Tennyson*).
4. "No debemos perder la fe en la humanidad que es como el océano: no se ensucia porque algunas de sus gotas estén sucias" (*Mahatma Gandhi*).
5. "¿Racionalizar la fe? Quise hacerme dueño y no esclavo de ella, y así llegué a la esclavitud en vez de llegar a la libertad en Cristo" (*Miguel de Unamuno*).
6. "Una fe que nosotros mismos podemos determinar, no es en absoluto una fe" (*Benedicto XVI*).
7. "Yo no creo en nada. Para mí la fe es algo tan odioso como lo es el pecado para los creyentes. El que sabe, no puede creer. El que cree, no puede saber. Fe ciega es una tautología, pues la fe es siempre ciega" (*Ernest Bornemann*).
8. "Fe es la virtud que nos hace sentir el calor del hogar mientras cortamos la leña" (*Miguel de Cervantes*).
9. "No basta ser creyente, hay que ser creíble" (*Pedro Casaldáliga*).
10. "Un ser humano que tiene fe ha de estar preparado, no sólo a ser un mártir, sino a ser un loco" (*G. K. Chesterton*).

2. Reflexión

La fe probada

¿Cuántas veces has experimentado lo difícil —y, a la vez, sencillo— que es creer? ¿Cuántas veces, al menos en ciertos contextos, has sentido o pensado que tal vez tienen razón los que un poco cínicamente anuncian que "probablemente Dios no existe" y que, por lo tanto, lo mejor es dejar de preocuparse y disfrutar de la vida? Todo creyente encierra dentro un ateo potencial o, por lo menos, un agnóstico. Tienes ahora la posibilidad de explorar estas paradojas examinando las pruebas que afectan a la fe. Es verdad que ésta, en cuanto don de Dios, es una luz que no conoce ocaso, porque Dios nunca retira sus dones (cf. *Rm 11,29*), aun cuando pueda someter al creyente a una purificación pasiva, tal como enseñan los místicos. Pero también es verdad que, en cuanto respuesta humana, la fe no está exenta de las vicisitudes y limitaciones que afectan al ser

humano. De ahí que la fe se vea hostigada e impulsada a un tiempo, que se la experimente como cercanía y como lejanía, como certeza y como duda, como luz y como oscuridad. La prueba recorre la vida entera de Jesús. Las tentaciones, que los sinópticos sitúan al comienzo de su vida pública (cf. *Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,1-13*), parecen concentrarse en el momento crítico de la muerte. Marcos llega a poner en sus labios una frase aterradora que recoge todas las dudas, angustias y frustraciones de los seres humanos en relación con el misterio de Dios, también las tuyas: "Oh Dios, ¿por qué me has abandonado?" (*Mc 15,34*).

La fe, en definitiva, es un acto personal dinámico y participa del dinamismo de la inteligencia, de la afectividad y de la voluntad. Por eso, todos nosotros, incluso en los momentos más lumino-

sos, podemos reconocernos siempre en las palabras del padre del muchacho epiléptico: “Creo, ayuda mi poca fe” (Mc 9,24). Por otra parte, cuanto más conscientes seamos de las dificultades y posibilidades que se nos presentan, tanto mejor podremos superar los obstáculos y activar una respuesta generosa y responsable.

Las pruebas socio-culturales

No se vive del mismo modo la fe en países impregnados de espiritualidad y con un índice alto de práctica religiosa (como, por ejemplo, la India, Filipinas, Brasil, Nigeria o Congo) que en aquellos en los que está permanentemente cuestionada (en buena parte de Europa y en algunos lugares de América). Con todo, la fe puede verse sometida a prueba tanto en contextos de indiferencia, agnosticismo o ateísmo, como en aquellos en que se da por supuesta y, por eso mismo, muchas personas no acaban de pregun-

“Aún hay fe en Israel si se trabaja, el terreno de sí da.”

tarse por la autenticidad de su experiencia creyente. Dado que se trata de un tema muy complejo, no es posible desarrollarlo a fondo en este cuaderno. Si deseas profundizar en él, acércate a los materiales del taller sobre “Transmisión de la fe” que se celebró en Polonia en 2007. Puedes leer el librito que los recoge (“Que te haga conocer”), editado por la Prefectura General de Apostolado. Lo encuentras digitalizado en de la *web* de la Fragua.

Por lo que respecta al mundo occidental, todos los análisis parecen coincidir en que las amenazas a la fe manan del tránsito cultural verificado en los últimos tres siglos, aunque las raíces se remontan mucho más atrás. De un modelo teocéntrico, propio del medievo cristiano, se ha pasado, a través de etapas sucesivas, a un modelo antropocéntrico, propio de la modernidad, caracterizado por una interpretación secularizada del hombre, del mundo y de la historia. Este modelo se encuentra hoy seriamente cuestionado por la postmodernidad o la ultramodernidad. El antropocentrismo exaltado de la primera Ilustración se convirtió en antropocentrismo modesto en la segunda y, poco a poco, va degenerando en nihilismo. A pesar de todo, pocos proponen una vuelta a la fe

como factor aglutinante de lo que la modernidad resquebrajó irremediabilmente: la unidad del ser, la verdad, la bondad y la belleza. En las sociedades pluralistas se impone, más bien, la fragmentación. Cualquier proyecto de sentido que, como la fe, reivindique una cosmovisión total se juzga inviable. A lo más que puede aspirar es a convertirse en un “juego de lenguaje” de los muchos posibles, a una experiencia “privada”.

Claret vivió un contexto social muy distinto al que nosotros vivimos hoy. Pero percibió claramente el desmoronamiento de una sociedad basada en la religión y la progresiva pérdida de la fe de muchas personas. Lo expresa amargamente en una de sus oraciones: “¡Oh inmaculada Virgen y Madre de Dios, Reina y Señora de la gracia! Dignaos por caridad dar una compasiva mirada a este mundo perdido. Reparad cómo todos han abandonado el camino que se dignó enseñarles vuestro santísimo Hijo; se han olvidado de sus santas leyes y se han

pervertido tanto, que se puede decir: *Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum*. Se ha extinguido en ellos la santa virtud de la fe, de suerte que apenas se encuentra sobre la tierra. ¡Ay! Extinguida esta divina luz, todo es oscuridad y tinieblas, y no saben dónde caen” (Aut 157). Pero, a pesar del tono negativo que parece mostrar esta oración, Claret nunca perdió la esperan-

za y el celo misionero: “Aún hay fe en Israel si se trabaja, aún el terreno de sí da. Ánimo, me digo yo mismo; no desmayar” (Aut 735). Las dificultades culturales y ambientales fueron para él un acicate en su tarea misionera. Se interrogó por sus causas y buscó los remedios que juzgó más adecuados. Hace suyas las palabras de un apologeta católico de su tiempo: “Las sociedades están desfallecidas y hambrientas desde que no reciben el pan cotidiano de la palabra de Dios” (Aut 450). Por eso se propone centrar toda su misión en el anuncio de la Palabra: “¡Oh Dios mío!, os doy palabra que lo haré. Predicaré, escribiré y haré circular libros buenos y hojas volantes en abundancia a fin de ahogar el mal con la abundancia del bien” (Aut 453).

Hoy, más que el clásico ateísmo sistemático, el enemigo de la fe es la ambigüedad característica de la cultura posmoderna. Tal ambigüedad es consecuencia de la superficialidad, del egocentrismo y de la pasividad generados por la cultura productivista, que es, en realidad, la forma concreta a la que han quedado reducidos muchos de los ideales antropocéntricos de la Ilustración. Para el *homo faber*, el “tener para dominar” se ha impuesto al “ser

para amar". Quizá sea ésta una de las claves que mejor explica el progresivo arrinconamiento de la fe como proyección humana alienante (Feuerbach), ideología opresora (Marx), dependencia enfermiza (Nietzsche), ilusión sin porvenir (Freud) o discurso inverificable (Russell).

Ahora bien, si Dios es la "realidad absolutamente absoluta" (Zubiri) que descubrimos en el fondo de nuestro ser (Tillich); si es amor, tal como se nos ha manifestado en Jesucristo (cf. 1 Jn 4,8), si sólo Él, en cuanto revelador de Dios, es "el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6), ¿cómo percibir su gracia -y acogerla en la fe- desde la *superficialidad* (que consagra lo aparente como real), desde el *ego-centrismo* (que cierra la apertura infinita del yo) y desde la *pasividad* (que reduce a programación inmanente el destino del hombre y de la historia)? La verdadera amenaza para la fe cristiana no son, pues, las críticas que la cuestionan en nombre de otras "fes" (sean éstas de matriz positivista, marxista, freudiana o existencialista), sino, más bien, la supresión de las condiciones que ayudan al hombre a acceder a su profundidad y a salir de sí mismo. Al tratarse de una amenaza poco formalizada, puede pasar desapercibida, se la confunde con el espíritu de nuestro tiempo. La mayoría de nosotros, por nuestra formación crítica, estamos relativamente habituados a la confrontación con las posturas ateas clásicas y tendemos a trasladar la lucha al campo de la argumentación, pero no siempre somos conscientes de esta otra amenaza más sutil y más radical que se gesta en el núcleo mismo de la cultura burguesa que se vive en Occidente.

En los contextos culturales en los que se vive una intensa religiosidad (África y Asia, sobre todo), las pruebas son de otra naturaleza. Tienen que ver con el riesgo de confundir cultura y religión, con la dificultad para comprender el verdadero significado del cristianismo en contextos interreligiosos, con la tentación del sincretismo, con la dificultad de combinar el necesario respeto a las religiones y el anuncio de la novedad cristiana, con los fundamentalismos, etc. En algunos casos, las pruebas se convierten en verdaderas persecuciones contra los cristianos, como hemos observado en los últimos años en algunos países africanos y asiáticos.

Las pruebas personales: deformaciones y dudas

Pero quizá las mayores dificultades para unos y otros provienen de la dinámica interna de la misma fe. Éstas son las más directamente personales. Con frecuencia, la fe se ve sometida a distorsiones y dudas que nacen de la identificación excesiva con alguna de las dimensiones parciales que la constituyen. Las tres deformaciones más habituales son las siguientes:

- La **intelectualista** tiende a considerar la fe como un acto de conocimiento que cuenta con un grado bajo de evidencia y que se apoya, sobre todo, en la autoridad de Dios y de la Iglesia. Ahora bien, aunque es claro que la fe implica el asentimiento a la verdad revelada y, por lo tanto, una dimensión cognoscitiva, no se reduce a mera actividad intelectual.



- La **voluntarista** sostiene que la falta de evidencia propia de la fe debe suplirse con un acto de la voluntad, sin que importen para nada los motivos de credibilidad. Esta postura, que ordinariamente degenera en fideísmo, da lugar a una obcecación irracional (y, por lo tanto, inhumana), o a una obediencia de la fe que, lejos de ser entrega responsable, es dejación arbitraria.

- La **emotivista**, muy acentuada en contextos de renacimiento espiritual, sitúa la fe en el terreno de las emociones. Recela de su dimensión cognoscitiva y se refugia en el sentimiento. De esta manera se busca superar las interferencias entre la religión y la ciencia, delimitando con nitidez los campos de cada una. Tal superación consiste, en realidad, en renunciar a la objetividad propia de la fe como si ésta fuera intrínsecamente imposible. Es cierto que “la fe como acto de toda la persona contiene en su seno fuertes elementos emocionales. La emoción siempre expresa el compromiso de la totalidad de la personalidad en un acto de la vida o del espíritu. Pero la emoción no es la fuente de la fe” (P. Tillich).

¿Crees que tu experiencia de fe se ha visto afectada de manera significativa por alguna de estas distorsiones? ¿Crees que, en el contexto misionero

en el que trabajas, se da la lucidez suficiente para percibir las? Son preguntas que tal vez no te formulas a diario. Pero ahora, en el camino de la Fragua, puedes hacer un discernimiento más hondo que te ayude a comprender lo que has vivido y, sobre todo, a madurar tu experiencia de fe.

Puesto que la fe es una constante tensión dialéctica, además de las *distorsiones*, tiene que enfrentarse también a las *dudas*. Dudar no es tanto una amenaza cuanto una dimensión intrínseca de la fe, ya que nunca el reconocimiento más ferviente puede agotar el misterio insondable de Dios. Por eso, la cercanía es también lejanía, la respuesta es pregunta, el agua es sed, la luz es oscuridad. Nadie como los místicos ha vivido con tanta hondura estas paradojas. Ahora bien, “por más que esa lejanía de Dios, constitutivo esencial de una fe que busca a Dios, pueda ser vivenciada a nivel superficial como duda, oscuridad e inseguridad, el concebirla como una amenaza para la fe implicaría un fundamental desconocimiento de nuestra situación” (L. Boros). O, por decirlo con palabras de Paul Tillich: “La fe es segura en la medida en que es una experiencia de lo santo. No es segura, en cambio, en la medida en que lo infinito con lo cual se relaciona es recibido por un ser finito”. Si se entiende la fe solo como una creencia en algo verdadero (deformación inte-

Ejercicio 2: Pruebas y oportunidades en mi vida de fe

El objetivo de este ejercicio es ayudarte a descubrir que toda prueba puede convertirse en oportunidad de crecimiento cuando aprendes a manejarla con sabiduría.

1. En tu Cuaderno Fragua puedes dibujar dos grandes cuadros. El primero puedes titularlo PRUEBAS; el segundo, POSIBILIDADES.
2. Concéntrate en el presente. Piensa en el modo como vives tu vida de fe. Intenta identificar las principales pruebas a las que se ve sometida, tanto las que provienen del contexto socioeclesial como las que surgen de tu proceso interior. Haz una lista con todas ellas en el cuadro titulado PRUEBAS. Descríbelas de manera breve para saber bien de qué se trata.
3. A continuación, en el cuadro titulado POSIBILIDADES, trata de descubrir en qué sentido cada una de las pruebas se ha convertido –o puede convertirse– en una posibilidad de purificación, profundización o crecimiento en tu vida de fe. Tal vez te sorprendas de que lo que a primera vista puede parecer negativo o desafiante encierra muchas posibilidades que puedes aprovechar si sabes manejarlas sabiamente.
4. Comparte este ejercicio con algún hermano de tu comunidad.

lectualista), entonces la duda es incompatible con el acto de fe, amenaza su seguridad. Pero si se la entiende como estar asidos por una preocupación última, vivir una relación de amor con el Misterio de Dios, entonces la duda pertenece a su misma dinámica. Quizá te puedan parecer explicaciones demasiado abstractas, pero, si te detienes en ellas, observarás que pueden ayudarte a comprender mejor lo que quizá estés viviendo. Pero, ¿de qué duda estamos hablando?

- Se habla, a veces, de **duda metodológica**. Ésta es la propia de la investigación científica. Consiste en considerar siempre como preliminar o como hipotético el resultado conseguido. De esta manera se activa la búsqueda constante.
- Existe también la **duda escéptica**, que tiende a desconfiar sistemáticamente de cualquier certeza. Por ser más una actitud que una proposición no puede ser refutada lógicamente. Por lo general, aunque revista por algún tiempo la forma de sana indiferencia, acaba por desintegrarse porque no hay posible desarrollo humano sin una confianza básica en la realidad. El escepticismo crónico conduce al nihilismo. Quizá sea ésta una de las características del momento cultural en que vivimos.

Aunque en el proceso de fe aparecen también dudas como las señaladas (como, por ejemplo, cuando dudas acerca de que Dios sea uno y trino o de que efectivamente haya “creado” el mundo), la propia del acto de fe no es, en rigor, metodológica o escéptica: es una **duda existencial**. No se preocupa, en primer término, de la verdad o falsedad de una proposición de fe concreta sino que acentúa el desnivel que existe entre las preocupaciones penúltimas y la última, y el riesgo que supone abandonarse confiadamente. Así entendida, “la duda no es una experiencia permanente dentro del acto de fe. No obstante, siempre está presente como un elemento de la estructura de la misma” (P. Tillich). La duda de la fe es, en definitiva, el miedo que todos los seres humanos tenemos a una entrega absoluta que parece caer en el vacío.

Las posibilidades de la fe

Pero lo que a primera vista parece una amenaza, se puede convertir también en una oportunidad. Si la fe se viviera siempre en un contexto favorable, si se diera –como ha sucedido en varios momentos de la historia– una identificación entre

la Iglesia y el mundo, entonces perdería su carácter de opción libre para convertirse en elemento obligatorio, en dato cultural. Por el contrario, cuando se vive también “dialécticamente” (es decir, como ruptura con lo dado), entonces la fe se acrisola.

Desde este punto de vista, las amenazas reconocidas antes son también –por paradójico que resulte– posibilidades, momento favorable. Hacen que no confundamos la fe con una simple tradición cultural o con el asentimiento (firme, pero superficial) a principios dogmáticos o códigos morales, nos obligan a entroncarla en su estructura humana (*dimensión antropológica*) y, al mismo tiempo, a reconocer que su especificidad viene del acontecimiento revelado (*dimensión bíblica*) acogido por la Iglesia (*dimensión eclesial*). Nos impulsan, en definitiva, a entender la fe como una propuesta de sentido que es, simultáneamente, experiencia de *profundidad*, de *oblatividad* y de *creatividad*. Estas tres dimensiones indican un verdadero itinerario existencial, como más adelante veremos.

Lo que hemos dicho del ámbito sociocultural puede decirse del personal. También en éste las distorsiones y dudas pueden convertirse en posibilidades si sabemos interpretarlas como verdaderas crisis: “Una crisis puede conducir a la ruina, pero también puede llegar a ser una verdadero kairós” (W. Kasper). Cuando nos acercamos a la realidad de la fe desde esta perspectiva, descubrimos que en cualquier experiencia se encuentran vestigios de la presencia de Dios, señales del Espíritu. A partir de nuestra fe en Jesucristo, muerto y resucitado, podemos:

- Superar la **distorsión intelectualista**: “Nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles” (1 Cor 1,23).
- Desenmascarar la autosuficiencia de la **distorsión voluntarista**: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27).
- Ir más allá del **mero sentimiento**: “¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: “Tengo fe” si no tiene obras?” (Sant 2,14).

Como en el caso de Israel, también nosotros estamos llamados a pasar constantemente *de la idolatría* (fijación en las realidades penúltimas) *a la fe* (adhesión a lo último). Más que las eventuales ayudas que puedan venirnos de un contexto favorable, de la reflexión o del trabajo pastoral, la gran posibilidad de nuestra fe es el don del Espíritu que se nos ha concedido en el bautismo. En el sacramento de la regeneración recibimos el don de la fe.

La fe aceptada

La fe es, ante todo, un don de Dios que nosotros libremente aceptamos. Por ella entramos a participar en el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu. Partiendo del “símbolo de la fe” proclamado por la Iglesia, podemos reconstruir las dimensiones esenciales de esta fe recibida y aceptada.

“Creo en Dios Padre”.

La fe como don: fundamento y raíz

He aquí el principio de la fe, su artículo primero, repetido una y otra vez en la celebración litúrgica, actualizado ahora dentro de la etapa *Patris Mei* de la Fragua. Detrás de esta proposición podemos rastrear el aspecto radical y gratuito de la fe.

La fe es -en contra de cualquier postura pelagiana o racionalista- un *don* de Dios, fundamento y raíz de toda justificación. Estas afirmaciones dogmáticas del Vaticano I y de Trento respectivamente, enlazan con el sentido bíblico más originario. En efecto, los términos griegos que el Nuevo Testamento emplea para referirse a la fe (el sustantivo *pístis* y el verbo *pisteuein*), aunque no se corresponden con un único concepto hebreo de los usados por el Antiguo Testamento, suelen traducir expresiones emparentadas con la raíz *ʿmn*, que se refiere primeramente al carácter de firmeza, seguridad y estabilidad de algo, aunque las traducciones varían mucho según los contextos y las lenguas. Una seguridad plena sólo puede encontrarse en Dios. Por eso, creer es, a un tiempo, encontrar en Él la firmeza y decir *amén*, reconocerlo como el único fundamento: “Si no os afirmáis en mí, no seréis firmes” (*Is* 7,10).

El creyente es aquel que hace de su vida un *amén* permanente al Dios que ha descubierto como su “roca y baluarte” (*Sal* 18,3). En este sentido, reproduce en sí mismo el itinerario de Abrahán (cf. *Rm* 4,11). Como él, oye la llamada de Dios que lo invita a salir de su tierra y de la casa paterna (cf. *Gn* 12,1). En el origen de la fe se da, pues, una *llamada de Dios*, una vocación. La respuesta supone un riesgo, una ruptura, una aceptación de un futuro incierto. Cuando parecen no existir motivos para confiar, entonces la fe se hace más auténtica porque se ve obligada a descansar en el cimiento de Dios: “Abrahán creyó al Señor y se le contó en su haber” (*Gn* 15,6). Esta imagen de Dios como la profundidad, el fundamento, la raíz, está presente en muchas religiones. Lejos de ser una metáfora espacial, subraya el carácter de origen y posibilidad.

La respuesta del creyente al Dios Fundamento que lo llama no es, en primer lugar, una aceptación de contenidos objetivos, sino una entrega incondicional a Él. Lo recordaba Benedicto XVI al comienzo de su encíclica *Deus caritas est*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1).

El creyente dice “yo creo en Ti” (es decir, me fío de Ti, pongo en Ti mi seguridad) antes de afirmar “yo creo que” (es decir, reconozco como verdadero lo que Tú me dices), aun cuando en la práctica, ambos aspectos son inseparables puesto que “hay proposiciones que no se pueden abolir sin hacer caer la fe y toda la orientación de la persona humana hacia Dios. Si yo niego que determinadas proposiciones son verdaderas, mi viaje hacia Dios se queda sin punto de partida. Existe una especie de penetración recíproca entre el creer y el creer que” (H. De Lubac).

Esta entrega total hace de la fe una actitud que abarca todas las dimensiones de la vida. Nuestra profesión religiosa como claretianos sólo puede entenderse sobre la base de una experiencia de fe de este tipo.

“Creo en Jesucristo”.

La fe como respuesta libre al Testigo

La fe, en cuanto experiencia de encuentro, es un don, pero también una respuesta. Mediante ella “el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela” (*Dei Verbum* 5). Esto significa que no es un acto más al lado de otros, que no se cree lo mismo que se trabaja, se juega o se escribe. La fe solo es tal cuando se convierte en opción fundamental, es decir, en la actitud básica de la persona mediante la cual ésta, conformando su vida a lo que constitutivamente es, alcanza su existencia humana más auténtica.

El hombre, por su esencial condición de libre, no se halla absolutamente determinado por el medio. Para hacerse tiene que buscar un sentido y, desde él, proyectar su vida, como meditamos en el Cuaderno 1 de Adviento. Llegar a reconocer que sólo Dios es el único que puede dar el sentido buscado no es el punto final de una decisión desnuda (como pretendió la teología dialéctica más extrema), sino una opción (y por eso no se impone) fundada en



la realidad (y por eso no es arbitraria). Ahora bien, en el conjunto de los signos o indicadores que hacen creíble y humanamente razonable tal opción, el creyente reconoce a **Jesucristo como el protosacramento del encuentro con Dios**. De ahí que la pregunta por la existencia del Absoluto acabe resolviéndose en pregunta por la credibilidad de su Testigo: “¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?” (Mt 11,3) Se establece, entonces, una conexión intrínseca entre **creer y seguir** a Cristo. No en vano los primeros discípulos de Jesús se denominaban “creyentes” (cf. Hch 2,44; 4,32).

Optar por Jesús como respuesta a la pregunta por el sentido y a su llamada, creer en Él, es seguirlo. Así aparece claramente en los sinópticos. Jesús invita primeramente a *oír*: “Atended a lo que escucháis” (Mc 4,24). El oír lleva al *entender*: “Oídme todos y entended” (Mc 7,14) y, finalmente, al seguimiento, a ir detrás de Jesús. No basta, pues, con escucharle. Hay que dejarlo todo (cf. Mc 10,28), amarlo a Él sobre todas las cosas (cf. Lc 14,26; Mt 10,37) y seguirlo generosamente con la cruz (cf. Lc 14,27). La fe aparece así -en su dimensión cristológica- como un *camino*, una adhesión personal, un seguimiento radical.

Bien se subraye la fe como confianza y seguimiento (*sinópticos*), o como principio salvífico en oposición a las obras (*cartas paulinas*), o como aceptación del mensaje apostólico sobre Jesucristo (*cartas pastorales*), o como reconocimiento del amor de Dios manifestado en Él (*escritos joánicos*), se trata siempre de interpretar la propia vida desde Aquél en quien el hombre encuentra acceso al Padre (cf. Mt 11,27; Jn 14,6). La fe, así entendida, exige un cambio completo, hasta el punto de que el creyente llega a convertirse en una criatura nueva (cf. Gal 6,15; 2 Cor 5,17).

“Creo en el Espíritu Santo”.

La fe como acogida del mensaje revelado

El proceso trinitario de la fe está sobradamente atestiguado en la Escritura y en la tradición de la Iglesia. Al Padre sólo es posible conocerlo a través del Hijo (cf. Lc 10,22). Reconocer en Jesús al Hijo revelador sólo es posible por la acción del Espíritu: “Nadie puede decir Jesús es Señor sino con el Espíritu Santo” (1 Cor 12,3). Según esto, no hay seguimiento de Jesucristo, entendido como configuración vital, sin la acción vivificadora del Espíritu.

Desde el Espíritu -y sólo desde Él- se entienden otros aspectos esenciales de esta compleja realidad que es la fe. Sólo por su fuerza es posible la adhesión inquebrantable a Dios en Cristo (*fides qua*).

Pero, además, sólo bajo su impulso se puede creer “con fe divina y católica todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios escrita o tradicional y son propuestas por la Iglesia para ser creídas como divinamente reveladas” (DS 1792) (*fides quae*). Él, en efecto, según promesa de Jesús, nos guiará hasta la verdad plena, “pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga” (Jn 16,13).

Esta adhesión a la verdad es algo más profundo que una actitud de sometimiento acrítico o de ingenuo fideísmo. La fe es entrega (y no mero asentimiento) a una realidad personal que envuelve también una creencia en la verdad. No se pueden separar ambos aspectos. Ahora bien, ¿qué es esta verdad? Podría decirse que se trata de la verdad comunicada por la persona a la que se hace la entrega (en el caso de la fe divina: creer lo que Dios ha dicho, *credere Deo*, como señala san Agustín). Pero esto no es suficiente: lo decisivo no es creer lo que la persona dice, sino creer en la persona misma, *credere in Deum*. La fe es un todo unitario: es un amor que envuelve intrínsecamente el creer o un creer que envuelve intrínsecamente el amar. Ahora bien, esto sólo es posible si la verdad a la que se refiere la fe no es la verdad comunicada por la persona en quien se cree sino la verdad en que esta persona consiste. La fe es, pues, la entrega a una realidad personal en cuanto ella misma es verdadera.

En definitiva, la entrega a una realidad personal en cuanto verdad personal real es la esencia de la fe. Libera al creyente del subjetivismo liberticida de la cultura contemporánea y lo va adentrando en el misterio de Dios revelado en Jesucristo. Tal adhesión no procede a partir de la capacidad individual para justificar la razonabilidad de todas y cada una de las verdades de fe, sino del Espíritu, que lleva a reconocer en ellas su impronta divina, aun cuando no sea posible comprenderlas acabadamente. En este sentido, el creyente, en cuanto hombre espiritual, está agraciado con el don de sabiduría, que no consiste en la acumulación de saberes sino en un *recte sapere*, en la capacidad de penetrar y saborear las cosas de Dios.

La Tradición Apostólica de Hipólito transmite así una de las preguntas que el obispo formulaba al catecúmeno antes de recibir el bautismo: “¿Y crees en el Espíritu, santo, bueno, vivificador y purificador de todo, en (= dentro de) la santa Iglesia?”. En estas pocas palabras se encierra un gran contenido dogmático. Creer solo se puede creer en Dios, porque sólo a Él se debe otorgar la adhesión total que la fe implica. De ahí que la tradición cristiana haya distinguido entre *credere in Deum* (con preposición) y *credere ecclesiam* (sin preposición). La Iglesia no es

objeto de fe en el mismo sentido que Dios. Se concibe como una creación del Espíritu en continuidad con el acontecimiento de Cristo. Por eso la fe en la Iglesia hay que entenderla en clave pneumatológica, como una derivación de la fe en el Espíritu. Desde estas premisas, interpretar la eclesialidad de la fe en perspectiva pneumatológica significa comprender que no hay fe verdadera en Jesucristo (y no simple admiración por su persona o su causa) fuera de la comunidad a la que Él ha donado su Espíritu. Pero también que esta comunidad no puede reivindicar para sí el carácter de absoluto que sólo corresponde a Dios y que, en consecuencia, debe ser consciente de su condición de *signo* e *instrumento* (cf. *Lumen Gentium* 1). En el cuaderno 2 del tiempo de Navidad tuvimos ocasión de reflexionar sobre este punto. De su recta comprensión depende una de las dimensiones más conflictivas –pero quizá también más urgentes– de la fe hoy: su eclesialidad. Los escándalos eclesiales de los últimos años y su enorme repercusión mediática no han hecho sino agudizar un divorcio que es letal para la vida de fe: “Cristo sí – Iglesia no”. No existe la cabeza separada del cuerpo ni el cuerpo puede subsistir desvinculado de la cabeza.

Ejercicio 3: El credo que ha dado sentido a mi vida

En la liturgia dominical recitamos el símbolo apostólico o el credo niceno-constantinopolitano como expresión de nuestra fe eclesial. Lo que este ejercicio te propone es que, a lo largo de varios días, elabores tu propio credo. No se trata de inventar “otra” fe sino de expresar la fe de la Iglesia con aquellas palabras que respondan a las experiencias que has ido teniendo a lo largo de tu vida; dicho de otro modo: se trata de cargar de significado lo que profesamos con el corazón y con los labios.

1. Comienza situándote en un clima de fe y oración. Invoca el auxilio del Espíritu Santo para poder descubrir el paso de Dios por tu vida.
2. Después, lentamente, recita el Credo. Lo puedes hacer en voz alta para percibir mejor su contenido.
3. A continuación, en un papel borrador, distinto de tu Cuaderno Fragua, comienza a escribir tu propio credo. Deja que hable el corazón. Estás intentando componer el credo que, de hecho, no sólo en teoría, “ha dado sentido a tu vida”, ha sustentado tus opciones, te ha sostenido en tus períodos de prueba.
4. Vuelve sobre el texto al cabo de algún día. Corrige, cambia, añade, hasta que sientas que has conseguido expresar lo que llevas dentro. Tómate el tiempo que necesites. El objetivo no es componer una pieza literaria sino tomar conciencia del don de la fe que da sentido a tu vida.
5. Cuando creas que tienes perfilado el texto, cópialo completo en tu Cuaderno Fragua. Puede ayudarte en otros momentos del itinerario de la Fragua.
6. No olvides cerrar el ejercicio con una oración de gracias a Dios por el don de la fe. Pídele también que ilumine el camino de quienes buscan y no encuentran, de quienes ni siquiera se ponen en camino y de aquellos que se sienten frustrados, escandalizados o engañados.

La fe vivida

La fe, a pesar de todos los análisis anteriores, no es algo que exista en sí misma. Existe solo “donde un hombre se arriesga a la verdad del anuncio del Reino de Dios” (W. Kasper). Se trata de una experiencia viva y, en cuanto tal, puede y debe ser desarrollada a modo de un **itinerario**. Esta doctrina clásica puede ser explicada de muchos modos. Quisiéramos aquí contemplarla desde dos perspectivas. En primer lugar, como un *itinerario de humanización* válido para cualquier tiempo y lugar (pero con los acentos que tu particular situación cultural requiera). En segundo lugar, como un *martirio*, es decir, como un testimonio ante el mundo que adopta la forma vertical de la oración y la forma horizontal del servicio.

La fe como itinerario

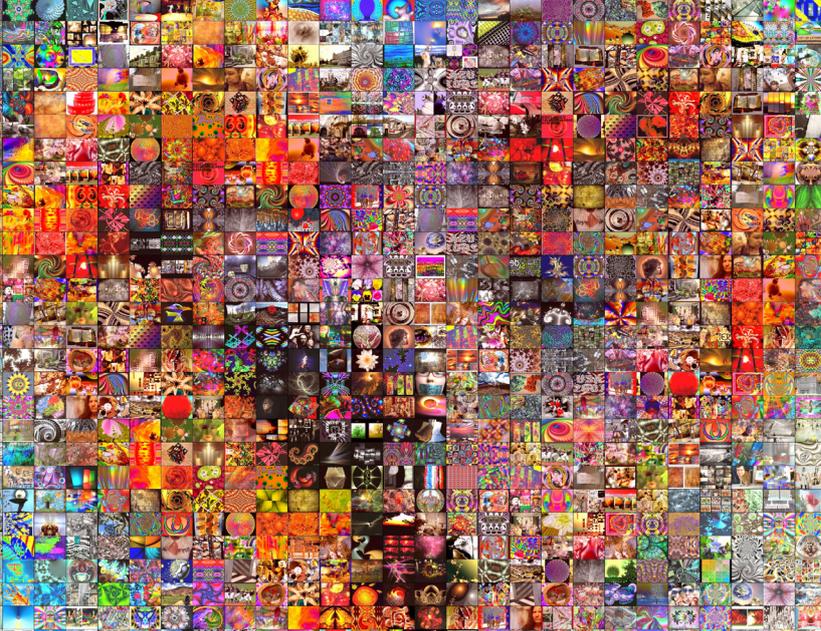
En cuanto experiencia humana, la fe es preocupación última y experiencia de fundamento (*profundidad*), es adhesión personal (*oblatividad*), es energía humanizadora (*creatividad*). Todas estas dimensiones son encrucijadas en las que la gracia se torna libertad, en las que el don se hace tarea.

Cabe hablar entonces de tres etapas fundamentales en la vida de fe, lógicamente distintas, pero de vivencia sincrónica.

1) De la superficialidad a la profundidad (Patris Mei)

Muchas de las dificultades que tenemos hoy para vivir nuestra fe no provienen sólo del ambiente o de la falta de espíritu ascético sino de un desconocimiento de nuestro propio yo, de la instalación habitual en la *superficialidad*; es decir, en esa actitud que hace de lo que aparece lo real y que no es capaz de adentrarse en las profundidades del ser. Y si Dios es “más íntimo a mí que yo mismo” (san Agustín), “lo que preocupa últimamente al hombre” (P. Tillich), el que vive en la superficialidad no está humanamente preparado para acoger el don gratuito de su gracia.

En el centro de una gran ciudad es muy difícil contemplar las estrellas durante la noche. La contaminación lumínica impide vislumbrar los puntitos de luz en el firmamento negro. Los que mejor ven las estrellas en las ciudades son los poceros, los que se asoman al cielo desde el subsuelo. Hay que descender abajo para ver bien lo de arriba. En



la superficie uno se deja seducir por la luz (cercana, pero pobre) de los anuncios de neón y no logra ver la luz (lejana, pero rica) de las estrellas. La superficialidad es eso: contentarse con la luz que se percibe en la superficie.

En esta clave se sitúan muchas personas, sin que influya demasiado su nivel cultural o su extracción social. En buena medida, la superficialidad es el troquel que modela nuestra visión de la realidad. Somos capaces de ir muy lejos, tanto en el mundo microscópico como en el macroscópico, tanto en el nivel de las ideas conscientes como en el de los impulsos subconscientes. Pero nos resulta culturalmente arduo salirnos de la órbita de lo simplemente “problemático” para introducirnos en la órbita del “misterio”. O, como dicen los pensadores ecológicos, nos movemos mejor en el mundo de “lo complicado” (propio de los mecanismos materiales) que en el mundo de “lo complejo” (el de los organismos vivos). Por eso nos resulta también difícil adentrarnos en el Misterio Dios. O mejor dicho: por eso estamos poco preparados para acoger su advenimiento. Mientras derrochamos energías en enfrentarnos a Él como problema, estamos desatendiendo sus insinuaciones en cuanto Misterio. Los problemas (incluido el de Dios), por complicados que sean, son siempre superficiales. Se refieren sólo a lo que controlamos, a lo que podemos tarde o temprano re-solver (o sea, “destruir”). Y Dios es el incontrolable, el indestructible, por naturaleza. Sin un profundo cambio de clave no hay, pues, posibilidad de encuentro con Él.

No se puede creer desde la superficialidad, a menos que se reduzca la fe a una forma penúltima o se la deforme haciendo de ella un simple conocimiento, una fugaz volición o un sentimiento banal. Esto significa que, con frecuencia, la languidez espiritual que padecemos no proviene tanto del olvido de algunas prácticas religiosas o devociona-

les cuanto de una infraestructura humana muy empobrecida. Si —como se indicó al principio de este cuaderno— la cultura actual favorece la superficialidad, el predominio de la forma sobre el fondo, se comprenderá hasta qué punto es necesario el aprendizaje de la profundidad como camino hacia la experiencia religiosa. O, dicho con otras palabras, la eliminación de todas aquellas añadiduras que bloquean la experiencia de lo profundo y el descubrimiento de lo que no se percibe a simple vista: Dios es lo más denso ontológicamente y lo menos perceptible empíricamente, pero es la raíz de cuanto somos.

El activismo, el abuso de los estímulos que desarrollan la sensorialidad en detrimento de la creatividad, la incapacidad de retiro y de recogimiento son algunas actitudes y conductas actuales que frenan o retardan la entrada en esa profundidad donde Dios se descubre como el Tú Absoluto. A veces nos resulta incómodo desenmascarar estas añadiduras porque revisten formas socialmente relevantes: dedicación intensa al trabajo, uso continuo de internet, etc. A lo largo del camino de la Fragua tienes la oportunidad de ahondar en las raíces que alimentan tu vida para no dejarte dominar solo por estímulos externos.

2) Del egocentrismo a la oblatividad (*Caritas Christi*)

En el envío gratuito del Hijo descubrimos que Dios es amor: “«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la Primera carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino” (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 1). Por eso, quien no ama no ha conocido a Dios. La teología joánica de la fe establece una clara conexión entre *crear, conocer y amar*. De ahí que la superación del egocentrismo sea, al mismo tiempo, el presupuesto y el fruto de la fe. De nuevo es posible encontrar en este terreno una explicación al debilitamiento de la respuesta creyente que a veces padecemos y un camino para su vigorización.

El hombre, por su estructura personal, es un ser único e irrepetible, se encuentra separado del medio, ontológicamente solo. Toda su vida es un intento por superar esta soledad (o quizá sería mejor denominarla separatividad -*separateness*- como hace Erich Fromm). Muchas de las formas que emplea, al estar dirigidas al propio yo, al ser egocéntricas, no hacen sino reforzar su condición indigente.

A veces se trata de experiencias de placer (estimulantes, sexo, velocidad, ritmo, juego, poder), de conformismo, de activismo y hasta de violencia. En todas ellas se da una falsa respuesta al problema, porque ninguna lo aborda en su raíz personal. Todas ellas nos dejan insatisfechos. La soledad sale reforzada.

Solo el amor, concebido como entrega, como salida de sí hacia el otro, como capacidad de dar, consigue vencer la soledad porque es la única experiencia humana en la que se conjugan dos ingredientes imprescindibles para nuestra realización: la *cercanía* (no hay más proximidad que entre dos personas que se quieren) y la *distancia* (el amor es siempre reconocimiento del misterio del tú). Si sólo hubiera cercanía (cuidado, cariño, preocupación) correríamos el riesgo de ser poseídos por la otra persona. Si se diera sólo distancia (respeto, cortesía, etc.), seguiríamos sintiéndonos solos, desprovistos.

El amor, aun siendo sustancialmente el mismo, reviste formas diversas, que van desde el sentimiento filial al apasionamiento erótico. Desde la perspectiva cristiana descubrimos que el amor –tal como se nos ha manifestado en Jesucristo– no es el versátil *eros*, ni siquiera la noble *philia*. Es *agápe*: es decir, entrega generosa hasta dar la vida (cf. *1 Jn 3,16*). Por si tal comprensión pudiera resultar excesivamente abstracta, el capítulo 13 de la primera carta a los Corintios describe con catorce rasgos diferentes la esencia del amor cristiano, hasta el punto de trazar un proyecto de vida que reproduce la trayectoria pro-existente del propio Jesús. Ejercitarse, pues, en este camino excéntrico es, de nuevo, ensanchar el umbral de la fe.

No parece exagerado afirmar que en el origen de nuestras actitudes religiosamente tibias se hallan conflictos afectivos irresueltos o actitudes de claro egocentrismo. El egocéntrico no cree porque no sale de sí mismo, simplemente utiliza a Dios para reforzar su yo.

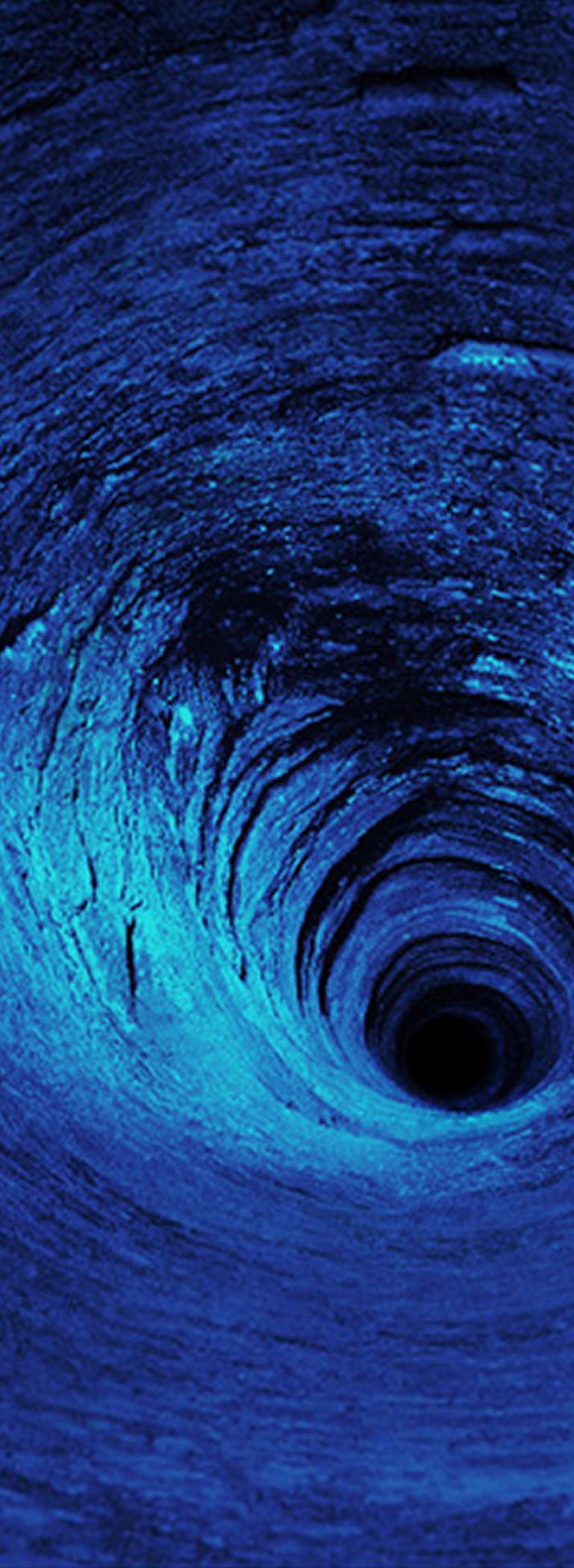
Hoy muchas personas viven con heridas profundas en el laberinto de su afectividad. No se trata solo de secuelas originadas por conflictos familiares, por experiencias sexuales traumáticas o por dificultades para asumir la soledad. Quizá lo más radical es que se encuentran “marcadas” a fuego por la impronta egocéntrica de nuestra cultura. La historia nos muestra que, tras la caída de los grandes relatos y mitos (religiosos, científicos, políticos

“
Solo el amor, concebido como entrega, como salida de sí hacia el otro, como capacidad de dar, consigue vencer la soledad.”

o cibernéticos), se vuelve siempre al yo, a ese reducto que consideramos la realidad por antonomasia, por ser la más próxima, la más incuestionable. Ahora bien, lo que estamos viviendo en la actualidad no es, sin más, una vuelta al yo, un giro antropocéntrico como el iniciado por la modernidad, sino un verdadero ego-centrismo, que también nos afecta a nosotros y que puede verse reforzado por el culto a la “privacidad”, por el acceso individual a la información (internet), por las relaciones virtuales (redes sociales). El yo no es sólo el punto de partida sino, con frecuencia, también el punto de llegada, el criterio que sirve para medir cualquier otra realidad. En este clima se hace difícil experimentar la fe como una experiencia de encuentro con el Tú de Dios y con el tú de la Iglesia. Pero no es imposible, porque el viaje del egocentrismo a la oblatividad es nuestro desafío permanente.

3) De la pasividad a la creatividad (*Spiritus Domini*)

La realidad, multiforme y compleja, no impone un único sentido. Más aún, en la cultura cibernética en la que nos encontramos, se impone la lógica del ordenador: todas las combinaciones son posibles, luego ninguna es la única. También nosotros podemos experimentar que la fe no es sino uno de los muchos “juegos” posibles. Podemos llegar incluso a pensar que adherirse a Jesús como el único camino, la única verdad, la única vida (cf. *Jn 14, 6*), es una pretensión críticamente injustificable. Frente a este reto, la respuesta no debe ser, en primer lugar, una argumentación depurada que entre en liza con otras, sino, más bien, una narración del paso de Dios por nuestra propia historia. Necesitamos más exploradores que cartógrafos. Tal es la perspectiva veterotestamentaria. Israel no hace enunciados abstractos sobre Dios o el mundo. Confiesa *credos históricos*: “Mi padre era un arameo errante ... Los egipcios nos maltrataron y nos humillaron y nos



“

La pasividad es un déficit de memoria. Y no hay memoria sin profundidad oblativa.”

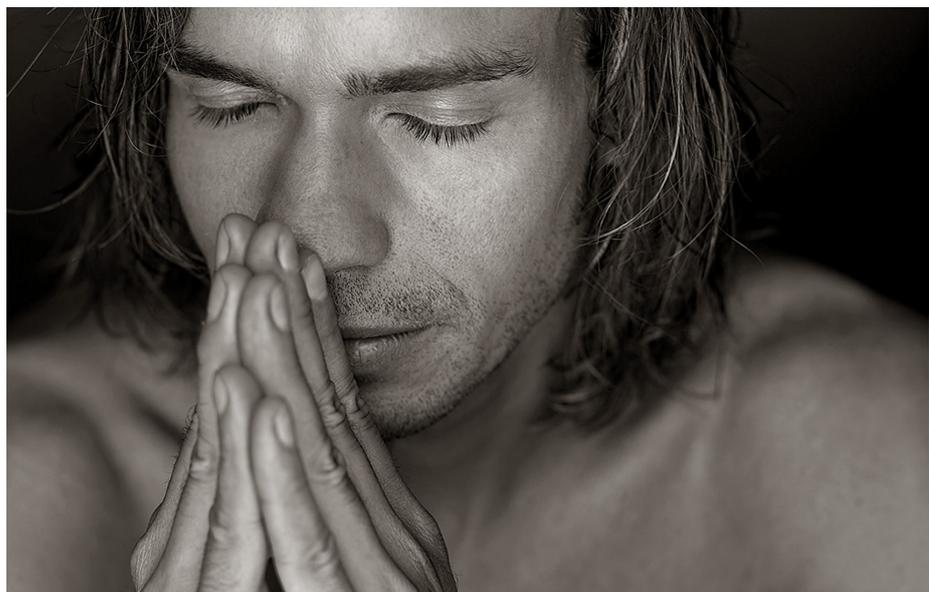
impusieron dura esclavitud ... y el Señor escuchó nuestra voz. El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte ... y nos dio esta tierra, una tierra que mana leche y miel” (Dt 26,5-9).

La “cultura globalizada” actual se ha vuelto escéptica respecto de las posibilidades de la razón y no se muestra muy entusiasmada por descubrir el sentido de la realidad, aun cuando se multiplican las investigaciones científicas parciales. Se podría hablar de fragmentación, de cansancio y hasta de cierta *pasividad*. La fe, por el contrario, en cuanto creación del Espíritu, es dinamismo, novedad, creatividad, síntesis, búsqueda del más allá de todo. En este sentido, los esfuerzos por superar los síntomas de cansancio, por abrirse a lo que falta, disponen al hombre para acoger el don de Dios. Es aquí donde la *narración*, en cuanto memoria subversiva (Metz) puede convertirse en estímulo. Hacer memoria del pasado es traspasar el presente y abrirse al futuro.

La pasividad es la actitud de quien recibe algo sin cooperar activamente en ello. La pasividad es un déficit de memoria. Y no hay memoria sin profundidad oblativa. No se puede, pues, ser creativo sin haber “buceado a la profundidad” y sin haber “peregrinado hacia la oblatividad”. En realidad, se puede empezar el viaje por cualquiera de las tres dimensiones porque las tres se implican. Al fin y al cabo, son como un reflejo del Dios trino en el espe-

jo de nuestra pequeña antropología.

La “cultura globalizada” es, por una parte, el resultado de enormes procesos creativos. Basta asomarse al campo de las comunicaciones. Pero, por otra, es una fábrica de pasividad. Consumimos mucho sin cooperar casi nada, aunque cada vez más las tecnologías de la información van eliminando las fronteras entre emisores y receptores. Los hombres y las mujeres seguimos siendo genéticamente creativos. Si no lo fuéramos, moriríamos. Es nuestro equipaje para enfrentarnos al mundo complejo. Al investigar en qué consiste la creatividad humana descubrimos que las respuestas nuevas hunden sus raíces en las respuestas aprendidas. El filósofo español Ortega y Gasset decía que para tener mucha imaginación hay que tener mucha memoria. Gran parte de las operaciones que llamamos creadoras se fundan en una hábil explotación de la memoria. Si esto es así, la falta de raíces, de profundidad, la falta de “memoria” en definitiva, impide la creatividad, la reduce a mera ocurrencia. El vacío que se crea hay que rellenarlo con el disfrute, con el consumo de la obra de otros. La “sociedad del entretenimiento” nos mantiene permanente distraídos, satisface las necesidades inmediatas, pero desatiende la más fundamental: la del sentido de la vida. Por eso, nos resulta tan difícil encontrar el camino de la fe.



La fe como martirio

Continuidad discontinua: he aquí un sustantivo y un adjetivo que pueden intercambiarse y que expresan la relación que existe entre lo cristiano y lo humano. Al hablar de la fe como martirio queremos referirnos a la singularidad que representa con respecto a las experiencias humanas normales. En condiciones normales, el “martirio-testimonio” se realiza de forma no cruenta. Pero hoy asistimos a dos fenómenos que están dando nueva densidad a este martirio: la ridiculización de la fe y de los creyentes en algunas sociedades secularizadas y la persecución y el asesinato de los cristianos en ambientes fundamentalistas que no toleran la “singularidad cristiana”.

La dimensión martirial de la fe se expresa a través de dos vías fundamentales: la *oración* y el *servicio*.

La fe se hace testimonio (que eso es lo que significa la palabra “martirio”) a través de la oración. En ella se ventila, en definitiva, su ser o no ser: “La oración es la expresión más importante y más esencial de la fe en Dios; es fe que responde, o, por así decirlo, fe vivida con absoluta seriedad” (*Catecismo Alemán*). En el cuaderno 8 tendrás oportunidad de reflexionar acerca del significado de la oración en tu vida de misionero claretiano.

La fe, que había comenzado siendo amistad personal y luego admisión del mensaje y compromiso ético, acaba siendo, en la oración, apertura adorante. No al margen de las mediaciones anteriores sino traspasándolas, dando densidad mística a la horizontalidad

inevitable de la vida humana. Abrirse al Dios invisible, afirmar su amor explícitamente, agradecer su presencia amorosa cuando parecen faltar los signos confirmatorios ..., eso es cabalmente la oración. Orar es una profecía permanente, el recuerdo de que en este mundo hay ventanas abiertas a la trascendencia.

Nuestro Fundador vivió su experiencia de fe muy ligada a la oración: “¡Con qué fe asistía a todas las funciones de nuestra santa Religión!” (*Aut 37*); “Además de asistir siempre mañana y tarde, allá, al anochecer, cuando apenas quedaba gente en la iglesia, entonces volvía yo y solito me las entendía con el Señor. ¡Con qué fe, con qué confianza y con qué amor hablaba con el Señor, con mi buen Padre!” (*Aut 40*). Su vida de fe se alimentaba, sobre todo, en la Eucaristía: “Delante del Santísimo Sacramento siento una fe tan viva, que no lo puedo explicar. Casi se me hace sensible, y estoy continuamente besando sus llagas y quedo, finalmente, abrazado con él” (*Aut 767*). Desde esta perspecti-

1) La oración

va, se comprende mejor por qué en nuestra vida de fe se hace imprescindible la Eucaristía. No hay modo de creer en Dios y de entregar nuestra vida por los demás sin nutrir esta experiencia en la celebración del misterio de Cristo, el único que ha hecho la síntesis perfecta entre Dios y el hombre. No es, pues, un asunto devocional sino existencial.

2) El servicio

La fe se hace testimonio también a través del servicio a los demás y del compromiso por la justicia y la paz en un mundo injusto y violento. Servicio quiere decir coraje ético, entrega desinteresada, expresión de la filiación divina en la fraternidad con todos los hombres y mujeres, sobre todo con los más necesitados. Una fe que no pase este control nunca puede ser una fe cristiana, sencillamente porque la manera como el Testigo de Dios nos habló de su Abbá fue la entrega hasta el

extremo. Por eso es importante que te preguntes si, de hecho, tu experiencia de la fe te impulsa a entregarte a los demás, comenzando por aquellos que tienes más próximos: tus hermanos de comunidad y la gente de tu entorno más cercano. Hablando de los misioneros presbíteros nuestras Constituciones dicen: “Y ya que han sido tomados de entre los hombres y constituidos en favor de ellos en todo lo que se refiere a Dios [cf Hb 5,1], para que puedan servir con mayor eficacia a los mismos hombres, no permanezcan ajenos a su vida y vicisitudes, antes bien, convivan con ellos como con hermanos, haciéndose todo para todos [cf 1 Cor 9,22]. Preocúpense pastoralmente de los enfermos y de aquellos que, por cualquier motivo, están marginados” (CC 83). Algo semejante se dice de los misioneros diáconos (cf. CC 81) y de los misioneros hermanos (cf. CC 80).

Ejercicio 4: Los “viajes” para acoger el don de la fe

En las reflexiones anteriores se ha hablado de tres viajes que preparan a la persona para acoger el don de la fe. Sin esta preparación del terreno, la fe es como el grano de trigo que cae entre piedras o cardos (cf. Mc 4,3-20). Las siguientes prácticas son sólo pequeñas aproximaciones a una tarea que exige continuidad en la vida cotidiana. Tómalas con sentido del humor, como una forma de conocer aspectos de ti mismo que tal vez están escondidos.

1. Viaje de la Superficialidad a la Profundidad. Puedes hacer alguno de los siguientes ejercicios, solo o con otros miembros de tu comunidad:

- Siéntate delante de un paisaje. Respira. Contempla durante un buen rato. Escribe todo lo que percibas.
- Lee en voz alta un poema que te guste. Escribe las resonancias.
- Escucha un fragmento musical. Déjate llevar por él. Escribe lo que te suscita.

2. Viaje del Egocentrismo a la Oblatividad. Puedes hacer alguno de los siguientes ejercicios, solo o con otros miembros de tu comunidad:

- Visita a alguna persona enferma: en su casa o en el hospital. Puedes pensar también en algún hermano enfermo de tu Organismo. Dedícale un tiempo largo, sin prisas. Escribe lo que experimentas.
- Ofrécete al superior de tu comunidad para hacer un trabajo comunitario que nadie quiere o algún tipo de sustitución que facilite el trabajo de otros. Escribe lo que sientes.
- Proponte durante un día hablar bien de los demás, especialmente de aquellos que te caen mal y en los que sólo ves defectos.

3. Viaje de la Pasividad a la Creatividad.

- Proponte pasar un día entero sin internet, radio o TV. En los ratos libres, lee un libro. Escribe cómo te has sentido.
- Cuando te toque dirigir la liturgia de tu comunidad, procura resaltar algún detalle que ayude a superar la rutina.
- Examina la disposición de los muebles de tu cuarto. Cámbiala. Retira algún objeto viejo. Añade algún elemento nuevo. Escribe lo que te parece el resultado.

Ninguna de estas prácticas por sí sola te garantiza ser una persona profunda, oblativa y creativa, pero pueden ayudarte a comprender la importancia de cultivar estas dimensiones humanas para que el don de la fe pueda arraigar en ti.

3. Sugerencias para la reunión comunitaria

Durante este tiempo (sobre todo, en el mes de agosto), muchos claretianos europeos, africanos y americanos se encuentran en período de vacaciones. No es fácil organizar encuentros comunitarios. Se pueden retrasar al mes de septiembre. En otros lugares, sin embargo, se sigue el ritmo ordinario. La reunión puede organizarse en varios momentos. Si no es posible seguir todos, lo recomendable es centrarse en el 2 y 3.

1. Se comienza con una **oración** tomada del *Directorio Espiritual* (n. 134).

2. A continuación **se lee**, con un fondo musical si es posible, **el capítulo 11 de la carta a los Hebreos entero**. Se puede entregar previamente una fotocopia a cada uno. Es mejor que cada sección sea leída por un lector diferente. Es importante dar tiempo y relevancia a la proclamación de la Palabra. No es un mero trámite para empezar la reunión sino su prólogo. Después de la lectura, se observa un breve tiempo de silencio. Los que lo deseen pueden decir en voz alta alguna palabra o frase del texto leído.

3. Convenientemente caldeados por la Palabra de Dios, **los miembros de la comunidad pueden leer y explicar el “Credo que ha dado sentido a mi vida”, compuesto en el Ejercicio 3**. El objetivo es compartir en profundidad no tanto lo que hacen sino las razones que sostienen su vida.

4. El encuentro comunitario se puede concluir viendo y comentando juntos alguna de las siguientes películas u otras que aborden el tema de la fe: *Letters to God* (2010), *Des hommes et des dieux* (2010) ...



4. Pistas para la “lectio divina”

Miércoles 1 de agosto de 2012

- Jr 15,10.16-21
- Sal 58
- Mt 13,44-46

En el Cuaderno 3 meditamos sobre el Reino de Dios. Esta realidad misteriosa se presenta hoy con dos símbolos: el tesoro escondido y la perla preciosa. En ambos casos se subraya el valor de lo encontrado, la alegría que produce y el precio que hay que pagar por ello. El Reino exige “venderlo todo”. El tesoro de Dios no tiene comparación con nada: “Los dioses y señores de la tierra no me satisfacen”.

Jueves 2 de agosto de 2012

- Jr 18,1-6
- Sal 145
- Mt 13,47-53

La parábola de la red barreada explica bien en qué consiste el discernimiento evangélico. No se trata de pescar solo los peces buenos usando una red finísima. Si así fuera, la pesca resultaría imposible. En la red barreada entran todos. Hay que dar tiempo al tiempo. La selección se hace al final. Y la hace un Experto, no un simple aficionado.

Viernes 3 de agosto de 2012

- Jr 26,1-9
- Sal 68
- Mt 13,54-58

Para la gente de su pueblo Jesús es solo el hijo del carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, José, Simón y Judas; es decir, un ser humano corriente. Resulta difícil reconocer la presencia de Dios en los pliegues de las experiencias humanas, pero esa es la gran novedad de la encarnación. La “Fragua en la vida cotidiana” acentúa lo ordinario de la vida como lugar de la manifestación de Dios.

Sábado 4 de agosto de 2012

- Jr 26,11-16.24
- Sal 68
- Mt 14,1-12

¿Cómo se sintió Jesús cuando se enteró de que Juan había sido decapitado? Seguramente, triste y urgido. Los que están cerca de Jesús siempre son alcanzados por la muerte violenta. Lo son, a modo de paradigmas, su precursor (Juan) y su vicario (Pedro). Testimoniar a Jesús es ponerse siempre al borde del martirio. Pero la muerte es siempre el comienzo de algo nuevo.

Domingo 5 de agosto de 2012. Domingo XVIII del Tiempo Ordinario

- Ex 16,2-4.12-15
- Sal 77
- Ef 4,17.20-24
- Jn 6,24-35

¿Qué importancia le damos a los valores/tesoros espirituales? La respuesta que demos a esta pregunta determina la importancia que le damos a la fe y a la Palabra de Dios, determina el lugar que le damos a Jesús en nuestras vidas. Mucha gente cuenta hoy sus bendiciones basados solamente en sus valores económicos y su salud física. Esto es trabajar por la comida que no dura. El corazón del hombre suspira fundamentalmente por una felicidad permanente y, sin embargo, estamos preocupados y de hecho invertimos nuestras energías, tiempo y recursos especialmente en adquirir cosas pasajeras. De este modo, morimos de hambre y sed por esa felicidad que solamente se puede alcanzar en las virtudes que nos unen con la fuente de los tesoros imperecederos: Dios. ¡Busquemos a Jesús por sí mismo no por lo que podamos conseguir de Él!

Lunes 6 de agosto de 2012. Fiesta de la Transfiguración del Señor

- Dn 7,9-10.13-14
- Sal 96
- 2 Pe 1,16-19
- Mc 9,2-10

En la cima de la montaña Jesús aparece como el Hijo amado del Padre. Estas son sus credenciales. Por eso, podemos fiarnos de su palabra. También nosotros hemos recibido la vocación de hijos. En medio de las tinieblas de la vida, nuestro rostro se ilumina cuando vivimos nuestra verdadera identidad. Entonces, podemos descender con esperanza al valle de la vida cotidiana, aunque no entendamos todo lo que nos sucede.

Martes 7 de agosto de 2012

- Jr 30,1-2.12-15.18.22
- Sal 101
- Mt 14,22-36

El evangelio de hoy alude a la “barca de Jesús” cuatro veces. Esta barca que va de una orilla a otra del lago es una imagen de la comunidad de Jesús, de la Iglesia. El texto de Mateo dice que la barca “era sacudida por las olas porque el viento era contrario”. Pero no se dice que los discípulos tuvieran miedo de las olas. Se dice que tuvieron miedo ... de Jesús, porque creían que era una fantasma. Solemos decir que la barca de la iglesia es zarandeada por las olas de los escándalos, las incoherencias y las persecuciones. Nos cuesta reconocer que a menudo los que navegamos en la barca tenemos miedo de Jesús porque no lo reconocemos como el Señor.

Miércoles 8 de agosto de 2012

- Jr 31,1-7
- Sal (Jr 31,10.11-12.13)
- Mt 15,21-28

El aparente silencio y rechazo o incluso objeción de Dios a nuestras necesidades, debiera ser una oportunidad para probarnos qué convencidos estamos de que Él es la verdadera fuente de nuestra ayuda. Así como la demora nos da la oportunidad de practicar la paciencia y largo aguante, los insultos nos dan la oportunidad de practicar y crecer en humildad. Estas virtudes son esenciales para los hombres y mujeres de fe que van al camino del cielo. Estas virtudes hicieron de la mujer samaritana una mujer de gran fe según la mente de Jesús.

Jueves 9 de agosto de 2012

- Jr 31,31-34
- Sal 50
- Mt 16,13-23

Es mi convicción de quién es Jesús para mí lo que cuenta para mí en mi camino de la salvación, no lo que puedan decir de Él otros maestros de la fe. Es esta convicción personal la que me da a mí un lugar en el corazón de la casa de Dios. Ten en cuenta de que esta convicción personal mana del encuentro personal con Él.

Viernes 10 de agosto de 2012. San Lorenzo, diácono y mártir

- 2 Cor 9,6-10
- Sal 111
- Jn 12,24-26

Las palabras de Jesús sobre el grano de trigo son la respuesta a Felipe, Andrés y unos griegos que habían mostrado mucho interés en conocerlo. Jesús no aprovecha su tirón popular para presentar un mensaje acomodaticio. Los ama tanto que les revela dónde está el secreto de la verdadera vida. Se lo dice con la parábola del trigo y se lo dice también abiertamente, para que no se sientan frustrados en su griega racionalidad: “Quien vive preocupado por su vida, la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella en este mundo, la conservará para la vida eterna”.

Sábado 11 de agosto de 2012

- Hab 1,12 -2,4
- Sal 9
- Mt 17,14-20

Los mayores reproches de Jesús no suelen ir dirigidos a las acciones pecaminosas sino a la falta de fe. La curación del muchacho epiléptico es un signo del poder de Jesús, pero la gente no cree. Es también nuestro pecado moderno. Tenemos casi todo, excepto la confianza que supone la fe. Por eso, seguimos prisioneros de nuestros males.

Domingo 12 de agosto de 2012. Domingo XIX del Tiempo Ordinario

- 1 Re 19,4-8
- Sal 33
- Ef 4,30 - 5,2
- Jn 6,41-51

Decía la gente, “¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos?” El prejuicio sigue siendo uno de los más grandes enemigos de la Fe, abanicándonos con orgullo y cerrando nuestros oídos. Crea picor en nuestros oídos, ahincándonos en una opinión particular que corresponde con mi prejuicio. Esta clase de corazón va a resistir toda verdad que no corresponda con esa obsesión. Dado que tiende a resistir todo cambio, ni Dios que trabaja con nuestra sumisión a Él, nos puede hacer que aceptemos a Jesús como el verdadero pan de la Vida. Aceptemos que le necesitamos a Él hoy más que necesitamos nuestras obsesiones materiales.

Cuando vamos más allá de nuestras limitadoras obsesiones sensuales descubrimos que el hijo de María es primeramente el Hijo de Dios.

Lunes 13 de agosto de 2012. Memoria de los Beatos Mártires de Barbastro (Cal 263-270)

- Ez 1,2-5.24-28
- Sal 148
- Mt 17,22-27

Jesús tenía razón en cuestionar la demanda que le hacían de pagar el impuesto del templo, pero decidió evitar el conflicto con los recaudadores. Decidieron trabajar para pagar ese impuesto y así evadir un conflicto innecesario. Para que haya paz alguien tiene que no aferrarse a sus opiniones. Pero más allá de las “opiniones”, hay convicciones irrenunciables. Esa es la grandeza de los Mártires de Barbastro: fieles a la causa de Jesús, hasta la muerte.

Martes 14 de agosto de 2012

- Ez 2,8 - 3,4
- Sal 118
- Mt 18,1-5.10.12-14

A los ojos de Dios nuestra grandeza depende de nuestra pureza y se manifiesta en nuestra docilidad a Dios como niños. Nuestra grandeza está en nuestra conformidad con Cristo. Éste es su designio para nosotros porque a sus ojos tenemos todos la misma importancia. Debemos aprender la docilidad y la flexibilidad que nos hará arcilla maleable en las manos del Gran Alfarero. Estas cualidades del niño hacen el crecimiento posible hasta llegar a la imagen que Dios tiene de nosotros.

Miércoles 15 de agosto de 2012. Asunción de la Virgen María

- Ap 11,19 - 12,1-10
- Sal 44
- 1 Cor 15,20-26
- Lc 1,39-56

Corrupción es consecuencia del pecado, por eso la sin pecado Madre de Dios no tiene nada que ver con ella. La corrupción por la que todos pasaremos antes de la resurrección, no es el destino de María. Su fe perfecta en que “la Palabra de Dios se hará realidad”, su fiat, dan credibilidad y sentido a su Asunción. Igual que Jesús, su hijo, Ella no pasa por la transformación de la que habló San Pablo en I Cor. 15,51-56. Esa transformación se debe al pecado. Podemos preguntar luego: ¿qué hubiese sido de nuestra salvación si Ella no hubiese respondido “Si” al designio de Dios? Es nuestro constante “si” a la Palabra de Dios lo que nos identifica con Ella y con su Hijo como herederos del Reino de Dios.

Jueves 16 de agosto de 2012

- Ez 12,1-12
- Sal 77
- Mt 18,21 - 19,1

Cualquier cosa inferior al constante y compasivo corazón de Dios Padre no es digno de sus Hijos. Todo espíritu que no perdona se encuentra encerrado en sí mismo. Por el contrario, viviendo el perdón, vivo la vida de Dios: vida de libertad y paz permanentes. Lo otro, es autodestruirse. La misericordia de Dios es nuestra sola esperanza ya que todos hemos pecado y merecemos la condenación. Por eso, no tiene justificación nuestra negativa a mostrar compasión a nuestro hermano pecador.

Viernes 17 de agosto de 2012

- Ez 16,1-15.60.53
- Sal (Is 12,2-6)
- Mt 19,3-12

El divorcio es una contradicción a la esencia del matrimonio: el amor. Esto es porque el matrimonio es la afirmación del amor y el amor es eterno como Dios es eterno. Su permanencia es sagrada, divina, y debiera ser proclamada así en contra de todo lo que se pueda decir. Es la manera concreta en que el hombre y la mujer se dicen uno al otro “te amo”. Fíjese que esta frase expresa algo presente y continuo. El divorcio vacía esta frase de su contenido. Lo mismo se puede decir de la infidelidad en otras formas de vida como la vida consagrada.

Sábado 18 de agosto de 2012

- Ez 18,1-10.13.30-32
- Sal 50
- Mt 19,13-15

La vida de aquéllos que están destinados al cielo debiera ser definida por la simplicidad, sinceridad y autenticidad. Éste es el modo original en que Dios no hizo y al que debemos retornar. Los niños nos recuerdan de este fin. Cuando nos olvidamos de esto el crecimiento se hace muy difícil. Adquiriremos estas necesarias virtudes a través de una vida sincera en verdadera humildad.

Domingo 19 de agosto de 2012. XX Domingo del Tiempo Ordinario

- Prov 9,1-6
- Sal 33
- Ef 5,15-20
- Jn 6,51-58

Juan 6,57: “como el Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, así quien come de mi tendrá de mi la vida”. La fidelidad de Cristo, nuestro Modelo, que recibió la vida del Padre, sigue siendo un constante reto para los que hemos aceptado comerle regularmente. ¿Creo realmente que es Él a quien recibo diariamente? ¿Cuánto de mi vida es la vida de Él? ¿Cuánto de mi vida se identifica con Él?

Lunes 20 de agosto de 2012

- Ez 24,15-24
- Sal (Dt 32,18-21)
- Mt 19,16-22

El gran pecado de poseer no consiste tanto en cuánto poseemos sino en cuán apegados estamos a lo que tenemos. ¿Seremos capaces de dejarlo o dejar que se vaya cuando llegue la hora? Cuando estamos demasiado apegados a lo que tenemos entonces esas cosas se convierten en nuestros dueños y nosotros sus posesiones. Cuando esto pasa, esas cosas estarán dictando nuestras decisiones. Es así como la riqueza crea clases sociales discriminadas haciendo insuperable la separación entre ricos y pobres. Al hacer esta distinción entre “poseer y estar apegados a lo que tenemos”, recordemos siempre que: cuanto más adquirimos más difícil va a hacer el liberarnos de ello. El que sea difícil no quiere decir que sea imposible. Si las riquezas nos dictan a quién debemos aceptar o rechazar, ¿Cómo podemos todos pertenecer al Reino donde tomos somos primogénitos?

Martes 21 de agosto de 2012

- Ez 28,1-10
- Sal (Dt 32,26-30.35-36)
- Mt 19,23-30

El camino del Reino de Dios, en donde no necesitamos nada terreno, es imposible sin completa libertad. De hecho, no hay nada más esclavizador que las posesiones materiales, y aún peor cuando las hacemos indispensables en nuestra vida. No sólo hacen el camino difícil sino que casi siempre lo hacen imposible. De ahí que la dificultad del hombre rico va a ser tan grande como la dificultad que un camello tendría para pasar por el ojo de una aguja. Somos llamados a despojarnos de ese peso aceptando que podemos prescindir incluso de lo necesario cuando así lo pide La Palabra.

Miércoles 22 de agosto de 2012

- Ez 34,1-11
- Sal 22
- Mt 20,1-16

Jesús nos reta. En el Reino no cuenta la meritocracia sino la gracia. Está bien trabajar. Son buenos los viñadores de todas las horas, pero es Dios quien da el salario. En tiempos productivistas como los nuestros, el evangelio de la gracia es desconcertante, pero es el único que salva. Lo comprendemos mejor cuando en la carrera de la vida llegamos los últimos a la meta. Entonces estamos más cerca de todos los desheredados. Y agradecemos que el Viñador nos acoja y recompense.

Jueves 23 de agosto de 2012

- Ez 36,23-28
- Sal 50
- Mt 22,1-14

Las alternativas de Dios son infinitas; por eso, es pura gratuidad su elección del hombre que no hace más que rebelarse contra Él. En este sentido se entiende que la decisión de responder positivamente a su invitación es la decisión más sabia. Pero mi respuesta tiene que ser sincera. No es suficiente aceptar la invitación y asistir a la boda; es indispensable el vestido adecuado. Eccle. 5, 5 dice: “es mejor no prometer nada, que prometerlo y luego no cumplirlo”.

Viernes 24 de agosto de 2012. Fiesta de san Bartolomé (Cal 301-304)

- Ap 21,9-14
- Sal 144
- Jn 1,45-51

La única actitud que certifica una relación con Dios y con el hombre es el amor incondicional. Es bueno notar que las leyes están hechas para salvaguardar esta relación para beneficio de las partes. Es por lo tanto cierto que cualquier ley que contradiga la ley del amor está destinada a fallar o se va a hacer incapaz de unificar las partes. Así que haciendo ley el amor de Dios y prójimos es hacer el amor imperativo para todos, hombres y mujeres. Se ve claro cuan indispensable es el amor, si esa relación va a ser duradera y va a dar fruto.

Sábado 25 de agosto de 2012

- Ez 43,1-7
- Sal 84
- Mt 23,1-12

Podemos ser canales de la gracia de Dios, pero nunca las fuentes. Solamente seremos justos con nosotros mismos si es que somos los siervos que se supone debemos ser. Ningún pretexto, ningún ejercicio en buenas obras o autoridad, puede hacer a alguien Dios para los demás. Sería puro engaño aceptar como verdad lo que no somos ni podemos ser. Es señal de sabiduría y humildad ser conscientes y tomar el lugar que nos pertenece. El hombre puede ser “padre” para otros solamente participando en la paternidad de Dios.

Domingo 26 de agosto de 2012. XXI Domingo del Tiempo Ordinario (Cal 311-317)

- Jos 24,1-2.15-17.18
- Sal 33
- Ef 5,21-32
- Jn 6,60-69

Juan 6, 69: “y nosotros hemos creído, y hemos llegado a conocer, que tu eres el Santo de Dios.” Si realmente creemos a su Palabra, que oímos cada día, llegaremos a conocerle a Él lo suficiente como para permanecer con Él aun cuando el mundo alrededor nuestro se oponga a Él y a todo lo que Él significa. Entonces seremos verdaderamente siervos del mensaje, la Palabra de vida eterna. Nuestra fidelidad a Él, a su Palabra, define nuestra corresponsabilidad. Nuestra falta de fe solo hará que le traicionemos, ya que no podemos conocerle lo suficiente como para estar con Él hasta nuestra salvación eterna.

Lunes 27 de agosto de 2012. Memoria de santa Mónica

- 2 Tes 1,1-5.11-12
- Sal 95
- Mt 23,13-22

Jesús se despacha a gusto contra los maestros de la ley y los fariseos. De los siete reproches, el evangelio de hoy presenta los tres primeros. Los fariseos son malditos porque cierran las puertas del Reino de los cielos (ni entran ni dejan entrar), pervierten a los convertidos y son guías ciegos e hipócritas. Jesús es demasiado concreto como para no sentirse interpelado. Las actitudes fariseas recorren la historia de la Iglesia, también la nuestra.

Martes 28 de agosto de 2012. Memoria de san Agustín

- Jr 15,10.16-21
- Sal 58
- Mt 13,44-46

Venderlo todo, apostararlo todo... Es necesaria la osadía de quien ha encontrado lo único que vale la pena: el tesoro escondido, la perla de gran valor. Por ese tesoro Jesús mismo llegó al extremo de dar la vida. Todo lo demás es “basura”. “Ocuparte de las cosas de tu Padre” significará poner todo tu empeño en alcanzar el Reino de Dios y su justicia.

Miércoles 29 de agosto de 2012. Memoria del martirio de san Juan Bautista

- Jr 1,17-19
- Sal 70
- Mc 6,17-29

La decapitación de Juan el Bautista representa el triunfo efímero de los miedosos y cobardes. Cuando una voz resulta incómoda lo más fácil es acallarla; lo más difícil, pero también lo más liberador, es aceptar la verdad que contiene y actuar en consecuencia.

Jueves 30 de agosto de 2012

- 1 Cor 1,1-9
- Sal 144
- Mt 24,42-51

Definitivamente, estar despiertos aquí no significa solamente guardarnos del pecado y rezar siempre en espera del retorno de Jesús. Hacer un positivo esfuerzo para crecer en las virtudes es una gran actitud y evidencia de que estamos despiertos. Estar despiertos debe incluir una actitud sincera de amor a Dios y al prójimo. Estar despiertos debe implicar obediencia activa al Maestro, que nos ayuda a crecer en madurez espiritual. Este es el objetivo real de estar despiertos.

Viernes 31 de agosto de 2012

- 1 Cor 1,17-25
- Sal 32
- Mt 25,1-13

Frecuentemente no somos conscientes de la venida diaria del Señor, que nos debiera preparar para su venida final. Un árbol cae en la dirección en que se encuentra, a no ser que alguien lo jale o empuje en otra dirección. Cada vez que nos encontramos con el reto de la verdad, de la luz, y/o del amor esperado de nosotros, es en realidad el Señor el que viene golpeando a la puerta para que demos testimonio de Él. Cuando vivimos según la Palabra, estamos experimentando anticipadamente en el tiempo la fiesta de la boda eterna. Yo creo que el amor, la verdad y la fe son el aceite que se quema para dar luz con la que esperamos al Novio cuando venga, sea cada día sea al final de los tiempos.

Sábado 1 de septiembre de 2012

- 1 Cor 1,26-31
- Sal 32
- Mt 25,14-30

Los talentos realmente nuestros son aquellos que conscientemente usamos. Después de todo son los frutos que damos los que revelan nuestros talentos. En verdad no merecemos aquellos talentos que rehusamos usar o desarrollar para que den fruto. La justicia exige que aquellos dones/talentos sean dados a otros que cumplan con la intención del donante. Dios nos ha dado muchos dones para que con ellos construyamos el Reino. Por tanto el ocultarlos es como insultar o reírse del que nos los dio. Parece claro que ocultarlos viene a ser como una traición de la confianza que el Señor, dador de todos, ha puesto en su pueblo que los ha recibido. Así pues, ¿Cuáles son mis talentos? ¿Los conozco?, ¿Los desarrollo?

Domingo 2 de septiembre de 2012. XXII Domingo del Tiempo Ordinario

- Dt 4,1-2.6-8
- Sal 14
- Sant 1,17-18.21-22.27
- Mc 7,1-8.14-15.21-23

El evangelio de hoy nos propone algunas palabras de Jesús sobre la verdadera limpieza. Es más fácil lavarse las manos que purificar el corazón, mantener las formas que cambiar por dentro. La batalla entre el bien y el mal se juega en el centro de nuestra persona. Solo cuando somos "limpios de corazón" podemos ver a Dios.

Lunes 3 de septiembre de 2012. Memoria de san Gregorio Magno

- 1 Cor 2,1-5
- Sal 118
- Lc 4,16-30

Este texto de Lucas es el que más inspiró la vocación profética de nuestro Fundador. En él se concentran todos los elementos que nos ayudan a entender nuestra propia vocación misionera: unción por el Espíritu, anuncio del evangelio, preferencia por los pobres, prevalencia de la gracia sobre la venganza, persecución por causa de la Palabra, etc.

Martes 4 de septiembre de 2012

- 1 Cor 2,10-16
- Sal 144
- Lc 4,31-37

Cuando dejamos de conocer y reconocer a Jesús, no somos mejores que el demonio que El encontró en la sinagoga de Cafarnaun. Éste conocía a Jesús y lo rechazó como aquel entendido ministro cristiano que vive discriminando, explotando u oprimiendo a otros. No importa que alto pueda subir este ministro en la jerarquía eclesial, no podrá hablar con la autoridad que salva a aquellos que se encuentran oprimidos en nuestro mundo pecador. Nuestro conocimiento de Jesús nos debe llevar a una sincera hambre de unión con Él; entonces su autoridad en el cielo y en la tierra y bajo la tierra será nuestra también.

Miércoles 5 de septiembre de 2012

- 1 Cor 3,1-9
- Sal 32
- Lc 4,38-44

Cuando un misionero llega a ser popular, aumenta la tentación del apego. Esto nos fuerza a recordar cuál es el fin del misionero. ¿He sido llamado a publicarme a mí mismo o a anunciar a Jesús que me envió? Mientras hay alguien que necesita oír de Jesús, conocerle y recibirle, el misionero tiene que moverse. Su pregunta principal es: ¿dónde me necesita el Maestro ahora? y no, ¿dónde voy a recibir más alabanzas?

Jueves 6 de septiembre de 2012

- 1 Cor 3,18-23
- Sal 23
- Lc 5,1-11

Si hay alguna generación que necesita ir más adentro, a aguas más profundas, es la nuestra. En el pasado era más fácil hacer decisiones basadas en asuntos espirituales. Hoy existen cantidad de opiniones contradictorias debido a civilización y modernidad, muchas de cuyas opiniones son, aunque atractivas, vacías y sin contenido.

Hoy día, para hacer una decisión que nos lleve a un autentico valor espiritual se necesita una búsqueda profunda dirigida por el Maestro mismo, de otro modo vamos a trabajar y trabajar y nos vamos a conseguir nada. Bendito aquel que escuche y obedezca las directivas del Maestro. Nunca va a trabajar en vano.

Viernes 7 de septiembre de 2012

- 1 Cor 4,1-5
- Sal 36
- Lc 5,33-39

Para que la Palabra de Dios tenga significado y de fruto en nuestras vidas, nuestros corazones tienen que hacerse nuevos. Esta novedad no se refiere al tiempo/edad, sino al carácter y cualidad. Implica docilidad y disponibilidad, agilidad con flexibilidad y adaptabilidad. Recuerda que lo que muestra un corazón envejecido es ordinariamente la rigidez y un estado de ánimo taponado con gran dificultad para aceptar ideas nuevas.

Un corazón nuevo debe ser un corazón fácilmente acomodable sin complacencia. De esta manera, el corazón se une fácilmente con la siempre nueva Palabra de Dios y así continua dando los frutos que se esperan de los Hijos del Reino.

Sábado 8 de septiembre de 2012. Natividad de la Virgen María

- Miq 5,1-4
- Sal 86
- Mt 1,1-16.18-23

La esencia de nuestro nacimiento es el cumplimiento de nuestro destino. Es así como el nacimiento de Jesús dio sentido al nacimiento de Nuestra Madre María. A no ser que realicemos y cumplamos nuestra vocación en fidelidad, sería mejor que ni siquiera hubiéramos nacido. Este es un llamado a ser diligentes y fieles a nuestra vida consagrada, que nos hace testigos ante el mundo del amor de Dios y su plan de salvación para todos. Hoy celebramos el nacimiento de María porque en ese día nació la buena nueva que es ella para la humanidad. ¡Feliz Cumpleaños, Dulce Madre nuestra!

Domingo 9 de septiembre de 2012. XXIII Domingo del Tiempo Ordinario

- Is 35,4-7
- Sal 145-146
- Sant 2,1-5
- Mc 7,31-37

En una generación en que la ciencia y tecnología se creen tener respuesta a todos los problemas humanos, y que a menudo llevan a muchos a la desesperación, se hace más imperativo mirar hacia el cielo. El Señor del cielo y la tierra es nuestro último recurso en la ayuda que necesitamos. Si reconocemos esto, en verdad y en espíritu, entonces nuestra sordera se convierte en una percepción clara y nuestra mudéz en discurso elocuente. Esto es bien necesario en este mundo de hoy en que se emiten tantos mensajes contradictorios y contrarios para confusión de incluso inteligencias sinceras. De este modo será proclamado Jesús, el Camino, la Verdad y la Vida.

Lunes 10 de septiembre de 2012

- 1 Cor 5,1-8
- Sal 5
- Lc 6,6-11

No se debiera menospreciar ninguna oportunidad de hacer el bien, especialmente cuando nos damos cuenta de que nuestra misión en la tierra es continuar el trabajo creador de Dios y mantenerlo bien donde quiera que se eche de menos. Esto es lo que yo entendí por "crezcan, multipliquense y conquisten la tierra". Toda ley debiera realzar esta responsabilidad, y más todavía la ley del Sabado.

Martes 11 de septiembre de 2012

- 1 Cor 6,1-11
- Sal 149
- Lc 6,12-19

Si escuchamos a Dios antes de cualquier proyecto, entonces podemos decir orgullosamente como Jesús que hemos venido a hacer la voluntad del Padre. Todo proyecto que merezca la pena, y en el que estemos envueltos, es primeramente Su proyecto, ya que obviamente Él es el Maestro. A través de nuestra oracion podemos estar seguros de que escogemos lo que Él primero había escogido

Miércoles 12 de septiembre de 2012

- 1 Cor 7,25-31
- Sal 44
- Lc 6,20-26

Ser pobre de espíritu significa rehusar a ser poseido por ninguna criatura. El fin de la riqueza es poseernos, a no ser que estemos claramente despegados. Esas riquezas incluyen lo intelectual, lo social, lo económico, incluso los atributos físicos como belleza, salud y músculo. Cuando rechazamos ser gobernados por todas o cualquiera de estas riquezas, llegaremos a ser verdaderos discípulos del Hijo del Hombre.

Jueves 13 de septiembre de 2012

- 1 Cor 8,2-7.11-13
 - Sal 138
 - Lc 6,27-38
- El mal permanece aborrecido por Dios, ya sea que lo hayamos hecho en venganza o lo iniciásemos nosotros. Si odiamos porque nos odian, aún así somos portadores del mal. Y como dice la Escritura, nada malo entrara en el Reino de Dios. No hay razón que justifique el mal. El mal destruye a los mismos que lo hacen. La misión de Jesús es volver todo a su bondad original según Dios Padre lo hizo. Gen. 1, 31: "Y Dios vio todo lo que había hecho y era muy bueno".

Viernes 14 de septiembre de 2012. Fiesta de la Exaltación de la Cruz

- Nm 21,4-9
 - Sal 77
 - Flp 2,6-11
 - Jn 3,13-17
- El modo como nuestra generación rechaza la Cruz, pone un interrogante sobre la totalidad del Evangelio que hemos recibido. ¿Podría significar eso que algún predicador predicó un Cristo que no llevó la cruz ni murió en ella, o significaría que hemos escuchado bien y hemos escogido sólo el camino fácil? Una cosa es segura: en lo que concierne a la salvación humana, la cruz precede a la corona. Cuanto más pronto entrenemos nuestra mente y fortalezcamos nuestro corazón para abrazar la Cruz que el Señor permite en nuestro camino hacia la vida real, mejor para nosotros.

Sábado 15 de septiembre de 2012. Memoria de la Virgen de los Dolores

- Heb 5,7-9
 - Sal 30
 - Jn 19,25-27
- María, la primera discipula, nos ha mostrado que el auténtico seguimiento significa participación en los sufrimientos del Maestro así como en sus alegrías. De hecho, Jesús no vino solamente para "hacer algo por nosotros" sino "para hacerlo con nosotros" ¿No nos dijo San Agustín que el Dios que nos creó sin nuestro permiso no nos puede salvar sin nuestro permiso/cooperación? Nuestra Madre María es un modelo de cómo vivir este ideal. Aquellos que quieren compartir las alegrías tienen que compartir primero en el sufrimiento.

Domingo 16 de septiembre de 2012. XXIV Domingo del Tiempo Ordinario

- Is 50,5-9
 - Sal 114
 - Sant 2,14-18
 - Mc 8,27-35
- Jesús nos invita a que no demos por descontado el conocimiento sobre Él. Una cosa es segura, nunca le conoceremos lo suficiente. El verdadero conocimiento de Cristo, crea hambre de unión con lo que se conoce y la intimidad da lugar a la unión. El Dios que tomó nuestra carne y se hizo como nosotros en todo no puede estar contento con nuestra mediocridad espiritual y desea que lo poseamos no que solamente sepamos de Él. Nuestro conocimiento debe crecer hasta que respondamos a la pregunta de Jesús: "y tú, quién dices que Yo soy?"

Lunes 17 de septiembre de 2012

- 1 Cor 11,17-26
 - Sal 39
 - Lc 7,1-10
- El Centurión nos reta a meditar hasta qué punto creemos en el poder de la Palabra/mandato de Jesús. El descubrimiento del Centurión le dio la confianza que mereció que Jesús alabara su fe. La fe viene por el oído, con tal que no dudemos o rechacemos lo que oímos. En el momento en que conozcamos la autoridad de Jesús su palabra se harán vida en los quehaceres de cada día.

Martes 18 de septiembre de 2012

- 1 Cor 12,12-14.27-31
 - Sal 99
 - Lc 7,11-17
- El poder de Jesús se muestra en su compasión. La presencia de Dios, que vuelve al muerto a la vida, se manifiesta sobre todo en un corazón compasivo. Esto es una invitación para que examinemos dónde ponemos el énfasis en nuestro crecimiento. Podemos llegar a ser unos gigantes intelectuales, pero si no tenemos un corazón compasivo, nuestro conocimiento y nuestro poder solamente pueden promover una cultura de muerte.

Miércoles 19 de septiembre de 2012

- 1 Cor 12,31 - 13,13
 - Sal 32
 - Lc 7,31-35
- El mundo podrá criticar incluso nuestra piedad, pero, mientras demos buenos frutos, la sabiduría de nuestras actividades será la que lo juzgue. Por cierto, no será la aclamación popular la que justifique nuestras actividades sino sus efectos y frutos. Una piedad genuina producirá siempre frutos de sabiduría, porque están impulsados por la sabiduría misma.

Jueves 20 de septiembre de 2012

- 1 Cor 15,1-11
 - Sal 117-118
 - Lc 7,36-50
- Quien es perdonado, no tiene reservas ante el amor. ¿cómo te sientes cuando haces una buena confesión; esto es, cuando te sientes realmente perdonado?. Si el estado de mi mente es el mismo antes y después de la confesión, no estoy viviendo la gracia del perdón. ¿Creemos que el pecado mata y que en la reconciliación se nos da nueva vida? Sería extraño no sentirse entusiasmados en la recepción de esta vida nueva.

Viernes 21 de septiembre de 2012. Fiesta de San Mateo, apóstol (Cal, 3219-334)

- Ef 4,1-7.11-13
- Sal 18
- Mt 9,9-13

Los pecadores necesitan al Salvador igual que los enfermos necesitan al médico. Era propio, entonces, que Él se juntase con ellos para hacerles bien. Y si alguno se creía realmente sano, como los Fariseos se imaginaban a sí mismos, éstos no necesitaban la presencia de un Salvador. Es bueno asociarse a veces con los públicamente viciosos con la intención de hacerles bien. Ellos se encuentran entre los pobres a los que debemos llevar la Buena Noticia de la salvación. Solamente sería farisaico el evitarlos. Vamos a encontrarlos donde quiera que estén y así damos oportunidad a más “Mateos”.

Sábado 22 de septiembre de 2012

- 1 Cor 15,35-37.49
- Sal 55
- Lc 8,4-15

Cuando Jesús entra en crisis su mensaje da un salto de calidad. Sin las crisis de Jesús, hubieran quedado en penumbra muchas de las encrucijadas por las que nosotros atravesamos. Jesús debió de pasarlo mal al comprobar que su mensaje liberador no era tan aceptado como cabía esperar. La semilla de la Palabra siempre es buena y sobreabundante, pero no produce fruto automáticamente. Entra en un juego de productividad con los terrenos. Hay fincas muy buenas y otras que son “manifiestamente mejorables”. Así sucedió con la predicación de Jesús y así sucederá siempre con su evangelio.

Domingo 23 de septiembre de 2012. XXV Domingo del Tiempo Ordinario

- Sab 2,12.17-20
- Sal 53
- Sant 3,16 - 4,3
- Mc 9,30-37

Cuando la gente se da cuenta de que la verdadera naturaleza del liderazgo consiste en dar la vida por los súbditos, entonces dejan de pelearse por conseguirlo. Cuando entregamos nuestras vidas con sinceridad, seguro que la gente nos van a patear, incluso a aplastar, y es entonces cuando llegaremos a ser pan de vida como nuestro Maestro. A no ser que el grano de trigo caiga en la tierra y muera, no se multiplicará para la mucha gente que lo necesita para vivir. ¿Cuántos de aquellos que tienen tanto interés en ser líderes están preparados para servir, esto es, para dar sus vidas por el bien de otros?

Lunes 24 de septiembre de 2012

- Prov 3,27-35
- Sal 14
- Lc 8,16-18

Esa actitud de querer esconder nuestras luces, la verdad que conocemos, el don en nosotros, puede ser una actitud egoísta o nacida de la ignorancia. De cualquier modo que sea, no es bueno para el individuo. Solamente cuando compartimos lo que hemos recibido de Dios en el secreto de nuestros corazones, llegaremos a realizar la razón de por qué lo recibimos. Las luces solamente pueden destruir la oscuridad cuando las mostramos.

Martes 25 de septiembre de 2012

- Prov 21,1-6.10-13
- Sal 118
- Lc 8,19-21

Es nuestra común experiencia de que no todos los que se deleitan en que los llamen cristianos se deleitan igualmente en llevar una vida cristiana pura.. Hay gentes que fuerzan una interpretación personal sobre textos claros de la Escritura para justificar sus antojos y caprichos. Lo que nos identifica con Cristo y con todos los que lo siguen es nuestra total sumisión a la voluntad del Padre. Así el nuevo Reino/Familia establecido por el Hijo del Hombre tiene el espíritu (la Palabra que da vida) como su fundamento, no la relación natural de sangre del núcleo familiar.

Miércoles 26 de septiembre de 2012

- Prov 30,5-9
- Sal 118
- Lc 9,1-6

Nosotros también hemos recibido el poder para liberar al mundo de los demonios y enfermedades del odio y falta de fe. ¿De verdad creemos en esto? Mientras no comprometamos con el mundo nuestra filiación divina, no habrá límite en nuestro proyecto. ¿Es posible identificarse con el mundo y todavía ser capaces de testificar contra sus enfermedades? Bien, esta es una pregunta personal y pide una respuesta personal.

Jueves 27 de septiembre de 2012

- Ecl 1,2-11
- Sal 89
- Lc 9,7-9

Para tener paz de mente en todas las circunstancias es necesario mantener una conciencia limpia, porque la conciencia es la sede de la felicidad. Podemos tener éxito en silenciar a la gente, pero no podemos silenciar una conciencia profanada. Herodes no podía menos de preocuparse, ya que fueron su pasión y orgullo los que le llevaron a encarcelar a Juan el Bautista y a decapitarlo. Tomemos conciencia, pues, de cómo formamos y como tratamos esta voz tan importante dentro de cada uno de nosotros. El día del compromiso es nuestro, pero los días del ajuste de cuentas son de El.

Viernes 28 de septiembre de 2012

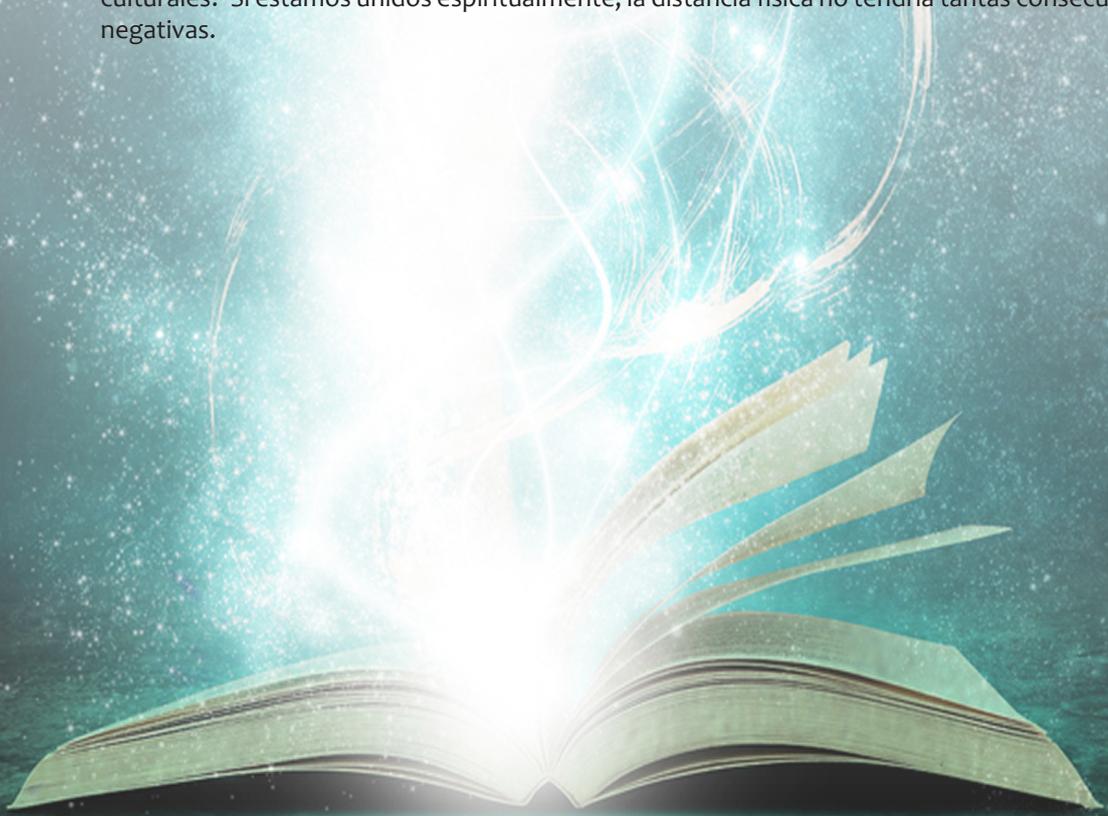
- Ecl 3,1-11
 - Sal 143
 - Lc 9,18-22
- De Jesús se dicen hoy las mismas cosas que en el pasado, aunque cambian las etiquetas. Se le llama “judío maginal”, “sabio”, “sanador”, “cifra del absoluto”, etc. La confesión de Pedro, que es la confesión de la Iglesia, sigue orientándonos en el mar de los calificativos: Jesús es el Hijo “sufriente” de Dios. A esta conclusión no llegan ni la exégesis ni las ciencias humanas. Entrar en el misterio de Jesús solo es accesible a la fe.

Sábado 29 de septiembre de 2012. Fiesta de los Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael (Cal 237-241)

- Dn 7,9-10.13-14
 - Sal 137
 - Jn 1,47-51
- Nosotros estamos destinados también a ver cosas más grandes si continuamos creyendo contra todas las previsiones. No debieramos quedarnos maravillados en la primera impresión cuando encontramos una persona especial. Si perseveramos en el bien, lo último será todavía más glorioso. Cuántas veces hemos hecho unos comentarios extremadamente positivos sobre algún hermano en la comunidad, para terminar castigándolo u odiándole ante la más pequeña muestra de su debilidad humana. Si continuamos mirándonos de una manera positiva unos a los otros seremos capaces de ver la gloria de Dios que cada uno oculta en su interior.

Domingo 30 de septiembre de 2012. XXVI Domingo del Tiempo Ordinario

- Nm 11,25-29
 - Sal 18
 - Sant 5,1-6
 - Mc 9,38-48
- No se debe detener a alguien que está haciendo obras de amor, porque el poder para hacer el bien viene solamente de Dios. A Dios no se le puede limitar dentro de nuestros parámetros humanos. Pertenecer al grupo de Jesús es algo más espiritual que físico. De hecho, el conflicto que experimentamos entre las religiones y denominaciones nace de nuestra disposición espiritual interna, no de nuestra disposición física, externa. Si todos estuviésemos honestamente trabajando por y en el Amor, entonces nuestros desacuerdos se convertirían en momentos de mutuo enriquecimiento. El mismo Amor nos movería a escuchar y a entender los opuestos puntos de vista de la historia que tenemos. ¿Se podría aplicar esto también al hecho de nuestras diferencias culturales? Si estamos unidos espiritualmente, la distancia física no tendría tantas consecuencias negativas.



5. Textos para profundizar

Anexo I: “Arraigados y edificados en Cristo” (Del mensaje de Benedicto XVI para la JMJ de Madrid 2011)

Para poner de relieve la importancia de la fe en la vida de los creyentes quisiera detenerme en tres términos que san Pablo utiliza en: «Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. Col 2, 7). Aquí podemos distinguir tres imágenes: “arraigado” evoca el árbol y las raíces que lo alimentan; “edificado” se refiere a la construcción; “firme” alude al crecimiento de la fuerza física o moral. Se trata de imágenes muy elocuentes. Antes de comentarlas, hay que señalar que en el texto original las tres expresiones, desde el punto de vista gramatical, están en pasivo: quiere decir que es Cristo mismo quien toma la iniciativa de arraigar, edificar y hacer firmes a los creyentes.

La primera imagen es la del árbol, firmemente plantado en el suelo por medio de las raíces, que le dan estabilidad y alimento. Sin las raíces, sería llevado por el viento, y moriría. ¿Cuáles son nuestras raíces? Naturalmente, los padres, la familia y la cultura de nuestro país son un componente muy importante de nuestra identidad. La Biblia nos muestra otra más. El profeta Jeremías escribe: «Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza: será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto» (Jer 17, 7-8). Echar raíces, para el profeta, significa volver a poner su confianza en Dios. De Él viene nuestra vida; sin Él no podríamos vivir de verdad. «Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo» (1 Jn 5,11). Jesús mismo se presenta como nuestra vida (cf. Jn 14, 6). Por ello, la fe cristiana no es sólo creer en la verdad, sino sobre todo una relación personal con Jesucristo. El encuentro con el Hijo de Dios proporciona un dinamismo nuevo a toda la existencia. Cuando comenzamos a tener una relación personal con Él, Cristo nos revela nuestra identidad y, con su amistad, la vida crece y se realiza en plenitud. Existe un momento en la juventud en que cada uno se pregunta: ¿qué sentido tiene mi vida, qué finalidad, qué rumbo debo darle? Es una fase fundamental que puede turbar el ánimo, a veces durante mucho tiempo. Se piensa cuál será nuestro trabajo, las relaciones sociales que hay que establecer, qué afectos hay que desarrollar. En este contexto, vuelvo a pensar en mi juventud. En cierto modo, muy pronto tomé conciencia de que el Señor me quería sacerdote. Pero más adelante, después de la guerra, cuando en el seminario y en la universidad me dirigía hacia esa meta, tuve que reconquistar esa certeza. Tuve que preguntarme: ¿es éste de verdad mi camino? ¿Es de verdad la voluntad del Señor para mí? ¿Seré capaz de permanecerle fiel y estar totalmente a disposición de Él, a su servicio? Una decisión así también causa sufrimiento. No puede ser de otro modo. Pero después tuve la certeza: ¡así está bien! Sí, el Señor me quiere, por ello me dará también la fuerza. Escuchándole, estando con Él, llego a ser yo mismo. No cuenta la realización de mis propios deseos, sino su voluntad. Así, la vida se vuelve auténtica.

Como las raíces del árbol lo mantienen plantado firmemente en la tierra, así los cimientos dan a la casa una estabilidad perdurable. Mediante la fe estamos arraigados en Cristo (cf. Col 2, 7), así como una casa está construida sobre los cimientos. En la historia sagrada tenemos numerosos ejemplos de santos que han edificado su vida sobre la Palabra de Dios. El primero Abrahán. Nuestro padre en la fe obedeció a Dios, que le pedía dejar la casa paterna para encaminarse a un país desconocido. «Abrahán creyó a Dios y se le contó en su haber. Y en otro pasaje se le llama “amigo de Dios”» (St 2, 23). Estar arraigados en Cristo significa responder concretamente a la llamada de Dios, fiándose de Él y poniendo en práctica su Palabra. Jesús mismo reprende a sus discípulos: «¿Por qué me llamáis: “¡Señor, Señor!”, y no hacéis lo que digo?» (Lc 6, 46). Y recurriendo a la imagen de la construcción de la casa, añade: «El que se acerca a mí, escucha mis palabras y las pone por obra se parece a uno que edificaba una casa: cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo tambalearla, porque estaba sólidamente construida» (Lc 6, 47-48).

Queridos amigos, construid vuestra casa sobre roca, como el hombre que “cavó y ahondó”. Intentad también vosotros acoger cada día la Palabra de Cristo. Escuchadle como al verdadero Amigo con quien compartir el camino de vuestra vida. Con Él a vuestro lado seréis capaces de afrontar con valentía y esperanza las dificultades, los problemas, también las desilusiones y los fracasos. Continuamente se os presentarán propuestas más fáciles, pero vosotros mismos os daréis cuenta de que se revelan como engañosas, no dan serenidad ni alegría. Sólo la Palabra de Dios nos muestra la auténtica senda, sólo la fe que nos ha sido transmitida es la luz que ilumina el camino. Acoged con gratitud este don espiritual que habéis recibido de vuestras familias y esfuerzos por responder con responsabilidad a la llamada de Dios, convirtiéndoos en adultos en la fe. No creáis a los que os digan que no necesitáis a los demás para construir vuestra vida. Apoyaos, en cambio, en la fe de vuestros seres queridos, en la fe de la Iglesia, y agradeced al Señor el haberla recibido y haberla hecho vuestra.

1. La página de san Lucas que acabamos de escuchar nos presenta a María como peregrina de amor. Pero Isabel atrae la atención hacia su fe y, refiriéndose a ella, pronuncia la primera bienaventuranza de los evangelios: “Feliz la que ha creído”. Esta expresión es “como una clave que nos abre a la realidad íntima de María” (*Redemptoris Mater*, 19). Por eso, como coronamiento de las catequesis del gran jubileo del año 2000, quisiéramos presentar a la Madre del Señor como peregrina en la fe. Como hija de Sión, ella sigue las huellas de Abraham, quien por la fe obedeció “y salió hacia la tierra que había de recibir en herencia, pero sin saber a dónde iba” (Hb 11, 8). Este símbolo de la peregrinación en la fe ilumina la historia interior de María, la creyente por excelencia, como ya sugirió el concilio Vaticano II: “la bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz” (*Lumen Gentium*, 58). La Anunciación “es el punto de partida de donde inicia todo el camino de María hacia Dios” (*Redemptoris Mater*, 14): un camino de fe que conoce el presagio de la espada que atraviesa el alma (cf. Lc 2, 35), pasa por los tortuosos senderos del exilio en Egipto y de la oscuridad interior, cuando María “no entiende” la actitud de Jesús a los doce años en el templo, pero conserva “todas estas cosas en su corazón” (Lc 2, 51).

2. En la penumbra se desarrolla también la vida oculta de Jesús, durante la cual María debe hacer resonar en su interior la bienaventuranza de Isabel a través de una auténtica “fatiga del corazón” (*Redemptoris Mater*, 17). Ciertamente, en la vida de María no faltan las ráfagas de luz, como en las bodas de Caná, donde, a pesar de la aparente indiferencia, Cristo acoge la oración de su Madre y realiza el primer signo de revelación, suscitando la fe de los discípulos (cf. Jn 2, 1-12). En el mismo contrapunto de luz y sombra, de revelación y misterio, se sitúan las dos bienaventuranzas que nos refiere san Lucas: la que dirige a la Madre de Cristo una mujer de la multitud y la que destina Jesús a “los que oyen la palabra de Dios y la guardan” (Lc 11, 28). La cima de esta peregrinación terrena en la fe es el Gólgota, donde María vive íntimamente el misterio pascual de su Hijo: en cierto sentido, muere como madre al morir su Hijo y se abre a la “resurrección” con una nueva maternidad respecto de la Iglesia (cf. Jn 19, 25-27). En el Calvario María experimenta la noche de la fe, como la de Abraham en el monte Moria y, después de la iluminación de Pentecostés, sigue peregrinando en la fe hasta la Asunción, cuando el Hijo la acoge en la bienaventuranza eterna.

3. “La bienaventurada Virgen María sigue “precediendo” al pueblo de Dios. Su excepcional peregrinación de la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia, para los individuos y las comunidades, para los pueblos y las naciones, y, en cierto modo, para toda la humanidad” (*Redemptoris Mater*, 6). Ella es la estrella del tercer milenio, como fue en los comienzos de la era cristiana la aurora que precedió a Jesús en el horizonte de la historia. En efecto, María nació cronológicamente antes de Cristo y lo engendró e insertó en nuestra historia humana. A ella nos dirigimos para que siga guiándonos hacia Cristo y hacia el Padre, también en la noche tenebrosa del mal y en los momentos de duda, crisis, silencio y sufrimiento. A ella elevamos el canto preferido de la Iglesia de Oriente: el himno Akáthistos, que en 24 estrofas exalta líricamente su figura. En la quinta estrofa, dedicada a la visita

a Isabel, exclama: “Salve, oh tallo del verde Retoño. Salve, oh rama del Fruto incorrupto. Salve, al pío Arador tú cultivas. Salve, tú plantas a quien planta la vida. Salve, oh campo fecundo de gracias copiosas. Salve, oh mesa repleta de dones divinos. Salve, un Prado germinas de toda delicia. Salve, al alma preparas Asilo seguro. Salve, incienso de grata plegaria. Salve, ofrenda que el mundo concilia. Salve, clemencia de Dios para el hombre. Salve, confianza del hombre con Dios. Salve, ¡Virgen y Esposa!”.

4. La visita a Isabel se concluye con el cántico del Magnificat, un himno que atraviesa, como melodía perenne, todos los siglos cristianos: un himno que une los corazones de los discípulos de Cristo por encima de las divisiones históricas, que estamos comprometidos a superar con vistas a una comunión plena. En este clima ecuménico es hermoso recordar que Martín Lutero, en 1521, dedicó a este “santo cántico de la bienaventurada Madre de Dios” -como él decía- un célebre comentario. En él afirma que el himno “debería ser aprendido y guardado en la memoria por todos” puesto que “en el Magnificat María nos enseña cómo debemos amar y alabar a Dios... Ella quiere ser el ejemplo más grande de la gracia de Dios para impulsar a todos a la confianza y a la alabanza de la gracia divina” (M. Lutero, *Scritti religiosi*, a cargo de V. Vinay, Turín 1967, pp. 431 y 512). María celebra el primado de Dios y de su gracia que elige a los últimos y a los despreciados, a “los pobres del Señor”, de los que habla el Antiguo Testamento; cambia su suerte y los introduce como protagonistas en la historia de la salvación.

5. Desde que Dios la contempló con amor, María se convirtió en signo de esperanza para la multitud de los pobres, de los últimos de la tierra, que serán los primeros en el reino de Dios. Ella copia fielmente la opción de Cristo, su Hijo, que a todos los afligidos de la historia repite: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré” (Mt 11, 28). La Iglesia sigue a María y al Señor Jesús caminando por las sendas tortuosas de la historia, para levantar, promover y valorizar la inmensa procesión de mujeres y hombres pobres y hambrientos, humillados y ofendidos (cf. Lc 1, 52-53). La humilde Virgen de Nazaret, como afirma san Ambrosio, no es “el Dios del templo, sino el templo de Dios” (*De Spiritu Sancto* III, 11, 80). Como tal, a todos los que recurren a ella los guía hacia el encuentro con Dios Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo (*L'Osservatore Romano* 23 de marzo de 2001).

Para responder a todos estos retos, ¿qué calidades o características ha de tener la fe de los cristianos actuales?

a) Una fe, centro y fundamento de la vida

La fe no puede relegarse a la periferia de la vida, como una cosa más entre otras. Si Dios es el fundamento y está en el centro de la vida del hombre, nuestra adhesión a él tiene que estar también en el centro. La fe cristiana es verdadera fe cuando toda la existencia del cristiano se estructura y desarrolla en torno a ella, de modo que no sea algo añadido a la persona, sino el principio motivador y operante de toda la vida. La fe se convierte entonces en la fuerza que transforma e inspira «los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida» (*Evangelii nuntiandi*, 19). Por eso, no podemos considerar la fe como algo que tenemos «de una vez para siempre». Tampoco tiene respuestas prefabricadas para todas las situaciones de la vida. La fe cristiana vive de la relación amorosa, viva y personal, con Dios, no sólo de las prácticas piadosas o de las fórmulas con que solemos confesarla. En una crisis como la actual, la fe cristiana sólo puede cimentarse en la escucha de Dios, en la intimidad con él y en la obediencia a su palabra.

b) Una fe, experiencia personal

Crear en Dios, vivir la fe, es tener experiencia personal de Dios, y de Jesucristo. Una experiencia que brota y arranca del encuentro personal con él y que lleva a descubrir que solamente él da respuesta a los interrogantes, anhelos y preguntas más íntimas y vitales. Significa que cuanto creemos no es un conjunto de verdades, de palabras o fórmulas, sino que nuestra fe es una adhesión a una persona, a quien creemos y en quien hemos puesto toda nuestra confianza. Tener experiencia de fe es mantener una relación interpersonal con el Dios vivo y verdadero, Padre de nuestro Señor Jesucristo. Esta relación interpersonal se nutre de la escucha de su palabra y de la oración. Y se traduce en vivir como hijos de Dios, haciendo la voluntad del Padre y amando a los hombres como hermanos. Quien tiene esta experiencia se convierte en «sal de la tierra» y «luz del mundo» (cf. Mt 5,13-16).

c) Una fe compartida y celebrada en comunidad

El cristiano no vive su fe en solitario. Se es cristiano en la Iglesia y gracias a la Iglesia. La Iglesia no es algo opcional para el cristiano, en el sentido que pueda optar y vivir la fe cristiana al margen o fuera de ella. Fe personal y fe eclesial se requieren mutuamente.

Ciertamente, la fe es un acto personal. Pero llegamos a la fe, podemos decir «yo creo», gracias al «nosotros creemos» que pronuncia la Iglesia. Es ella la que nos ha hecho y hace llegar continuamente la palabra de Dios y su presencia salvadora en los sacramentos.

En nuestra cultura individualista y fragmentada, la fe cristiana necesita hoy manifestar su dimensión comunitaria. Nuestra fe personal precisa de la fe de los demás cristianos, necesita expresarse y celebrarse en común; que sea la Iglesia la que nos convoque como pueblo de Dios redimido y salva-

do, que sea la fe la que cree vínculos de unidad y fraternidad porque rebasa los lazos normales humanos.

d) Una fe encarnada y vivida en el mundo

No es posible creer en el Dios y Padre de Jesucristo al margen o huyendo de este mundo. Y la razón es bien clara: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único» (Jn 3,16). El Vaticano II lo expresó bellamente: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de los que sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia» (*Gaudium et spes*, 1).

Los cristianos, llamados a transformar el mundo en Reino de Dios, lo hemos de hacer desde dentro del mismo mundo y de su historia. Es la ley de la encarnación señalada por el mismo designio salvador de Dios, que, para rescatar al hombre, «plantó su tienda entre nosotros». Una fe que no se encarne en el mundo corre el riesgo de ideologizarse, de convertirse en teoría sobre Dios, pero no en adhesión al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

e) Una fe testimonial

La fe no es «para uso privado» del cristiano; tampoco para recurrir a ella en momentos de dificultad ni mucho menos para tenerla como «tapagujeros». La fe es para anunciarla a todo el mundo sin ningún complejo de superioridad, porque servimos al Reino de Dios, pero tampoco sin ningún complejo de inferioridad, como pidiendo permiso para anunciarla. No puede vivirse la fe con la actitud vergonzante del silencio. Todo el que ha oído a Cristo y se ha adherido a él, se convierte en testigo de Cristo. Por eso, el testimonio nos es hoy más necesario que nunca. «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan...; o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio» (*Evangelii nuntiandi*, 41).

f) Una fe que se vive en el amor

No es tarea fácil vivir como cristianos en un mundo secularizado, desunido y a veces enfrentado; en esa crisis de civilización que afecta sobre todo al occidente tecnológicamente desarrollado, pero interiormente empobrecido por el olvido y la marginación de Dios. En estas circunstancias ya no sirven las motivaciones puramente sociológicas ni la ilusión que nace de los proyectos humanos. Sólo la fuerza del amor que nace de la convicción de que Dios sigue apostando por el hombre, y precisamente por el hombre de hoy, es capaz de superar complejos de minoría, persecuciones e indiferencias.

A la crisis de civilización hay que responder con la civilización del amor, fundada sobre los valores universales de la paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización. A esta tarea estamos convocados todos los cristianos en estos tiempos de cambio de época en que nos ha tocado vivir.

contenidos



1. Introducción

3



2. Reflexión

7

- La fe probada
- Las pruebas socio-culturales
- Las pruebas personales: deformaciones y dudas
- Las posibilidades de la fe
- La fe aceptada
- La fe vivida



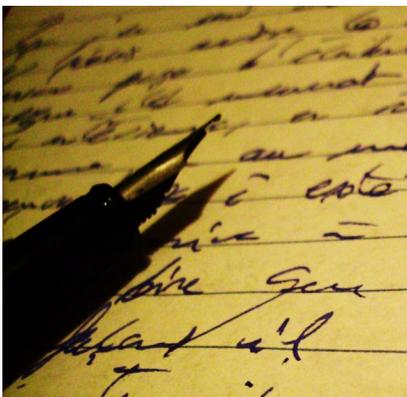
3. Sugerencias para la reunión comunitaria

21



4. Pistas para la "lectio divina"

22



5. Textos para profundizar

32

- "Arrraigados y edificados en Cristo" (Benedicto XVI)
- María, peregrina de la fe (Juan Pablo II)
- Vivir la fe en un mundo de increencia

La Fragua en la Vida Cotidiana

PATRIS MEI - 2012

“

Deben tener una fe viva. Pues ella fue la que inflamó a los Profetas, Apóstoles y Mártires y la que movió a muchos predicadores de la divina palabra a abrazar con ánimo alegre la pobreza, la abnegación y el sacrificio para dilatar el Reino de Cristo” (Constituciones 62)